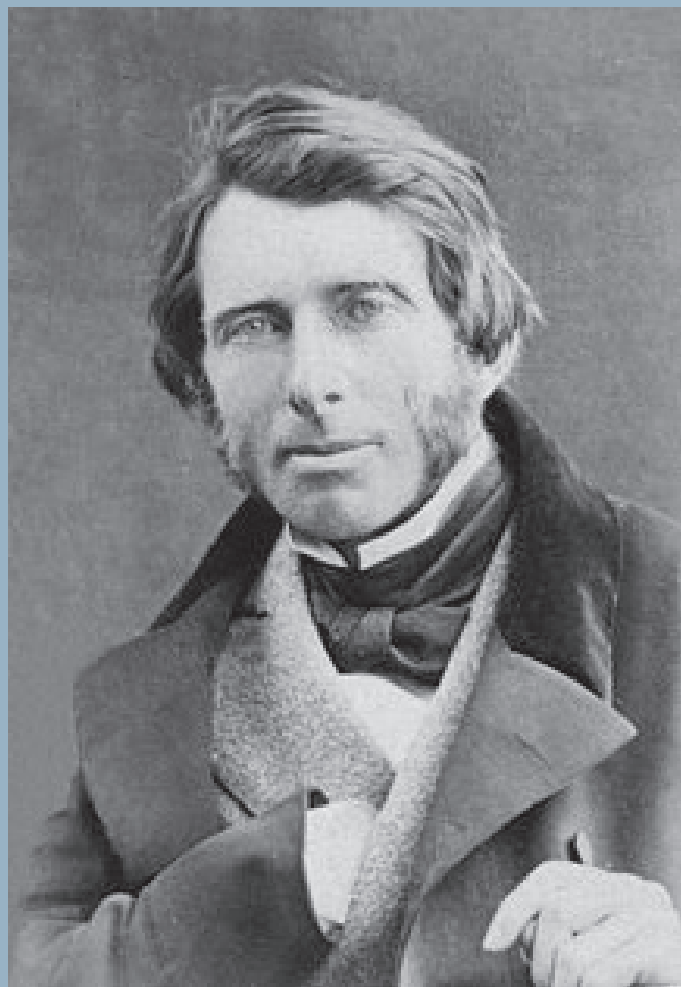


Poesía 1991-1999



John Ruskin



J. A. Rauskin

Poesía 1991-1999

con

El goce de lo cotidiano en la poesía de Jacobo A. Rauskin

por Ronald Haladyna

La canción andariega
(1991)

a Helena, en armonía

Elogio de los caminos de tierra

Mediodía

Es más amable la sombra
de un árbol, si el caminante
en ella pisa, descalzo,
la fresca sombra de un cántaro.
Entonces (la siesta es larga, 5
pero acorta los caminos)
vuelve la sed y se queda
con él un rato en sus labios.

Allá lejos

Por aquella época, coincidiendo con la juventud del autor, los arroyos traían un agua más clara, la ropa se lavaba en ellos y era menos vistosa, las mujeres sin ropa en el agua llena de manos de un arroyo eran iguales que ahora, también eran iguales que ahora las nubes, los molinos elevadores de agua y los techos de cinc para la lluvia. En aquellos lejanos días, el camino iba detrás del caminante, era su historia. Ambos, el joven y su joven historia, iban de un yuyal a otro, llenándose de las frutas de un árbol superviviente, un árbol que no se les había muerto de maleza ni de hacha loteadora. Allá lejos, la tentación, el señuelo y las trampas del horizonte; hacia más allá de allá lejos, las pisadas. Ya era bueno saber que entre yuyos verdecía la esperanza del caminante. Verdecía o yuyecía, según el caso. [8]

El ala negra
Sobre el campo y la fábrica
rural de azul recién pintada
los cuervos lugareños danzan
en ronda siempre atávica.
El viento juega, los embiste 5
y no comete abuso
de córvido discurso
diciéndote que son felices.

Azul de fábrica rural
Casi el campo, galpón de estilo establo.
A tiro de guijarro, peluquería
cerrada contigua
a sastrería
cerrada contigua 5
a la tierna hierba del crepúsculo.
Tan parco cementerio cívico se nutre
de bienestar fabril anexo
a pequeña ciudad dormitorio.
El patio es fábrica, 10
la esquina es un reducto camionero
y la basura
arde y cruje,
es basura de campo, basura vegetal.
Tras el humo de la limpieza, 15
tras el humo escobero de las hojas muertas,
el camino de tierra sigue
su rumbo conocido, [9]
muy pocos mudos nuevos intercambian
señas o gestos 20
o saludos
y muy pocas, muy pocas nubes para lápidas dirían
que el viento por aquí no es un solitario.
Volvamos a la gente, volvamos
a María de la limpieza, 25
María limpiadora,
María limpia.
Dulce a ratos no deja de ser
el manso entorno de María,
pero barrer sin duda cansa 30
y ver barrer aburre sin remedio.
Patio en penumbra
de estibas y tinglados.
La hora en punto menos cuarto.

La sombra de María deja su escoba, 35
María marca en la pared horaria.
¿Hay prisa?
El sol es su naranja.
Y cae.

Sordo a una queja
No oye un árbol la queja
del viento que me despierta.
Si aun así es digno de Céfiro,
Austro, Siroco y su séquito,
digno ha de ser de esta hoja 5
que no da, mas dice sombra. [10]

Carta

Él miente, ella dice la verdad, aquel otro escribe su poema de amor y lo quema, yo vivo mi amor y escribo una carta sobre la lluvia. Cuando se va la lluvia, escribo sobre el agua llovediza de los charcos. En habiendo el sol secado todo charco, escribo sobre el agua en otra parte; el agua mansa en los ojos de un caballo, el agua mínima de los arroyos de viñeta. Debo ser seguramente un corresponsal de viñeta, un enamorado de arroyo, un individuo pluvial.

Cierto ritmo

Gentil, perezoso,
no ajeno a un tambor.
(Debajo del puente
encuentra el arroyo
su sombra batiente 5
de tablas al sol.)

Santa simplicidad

Va dejando el arroyo
lugar para el olvido.

El arroyito manso
del verano y su idilio. [11]

El arroyuelo breve, 5
sin anzuelo, con bicho

de luz en el otoño.
Ideal, no hay mosquitos.

Vegetación en una tragedia

La madre de este campo es aún la selva,
amigo de un reptil aquí es el suelo,
los años de un arado son la herencia
y el hijo es matricida sin saberlo.

La siesta en un pueblo

Sin que me diera cuenta se me fue la mañana, llegó el mediodía y el sol coronó de silencio los campos en los que verificaba yo la validez de algunos datos ofrecidos por el censo habitacional. Hice un alto en el camino, mordí una fruta y me dispuse a dormir la siesta ahí donde la siesta me había encontrado. En razón del carácter errante de mis ocupaciones no suelo ser exigente con los lugares que la Madre Naturaleza o la Tía Sociedad me deparan. ¿Adaptable? Intento ser fiel a mi destino. Y la siesta me encontró, una vez más, en Cuenca Cué, pueblo al que vuelve sauce un soplo del viento que siempre llora a orillas del río. Del resto de su tristeza, ni hablar: aparece en bloques, es imposible reducirla; que a ratos pase una lancha de excursionistas nada quiere decir; que se celebre una ceremonia nupcial apenas quita luto a esa gente. No siempre fue así. Hace medio siglo, que no es mucho tiempo para una [12] población, Cuenca Cué llegó a merecer los alegres honores de una polca. Canción más bien genérica, celebraba ella el encantador semblante y la amorosa disponibilidad de las cuencacueceñas. O tempora! o mores! Pido disculpas por esta locución latina cuyo contenido bien vale una salva de salivazos a mandíbula batiente, pero sólo la nostalgia, es decir la delicadeza que se resiste a partir, me permite, de cuando en cuando, permanecer unas horas en ese lugar.

Ejemplos de conducta callejera y de otras manifestaciones al aire libre, incluyendo un tardío homenaje a la vida sedentaria

Anécdota de café

Las puertas de la ciudad (tales aberturas son también una ficción municipal) se abren mejor al olvido que a la memoria. Si además llueve sin que nadie vea el fin de la lluvia, que es como suele llover en esta época del año, no es raro que el olvido elija una mesa junto a la ventana. Hace unos días, pasaba yo una tarde lluviosa entre serpientes de humo y de café cuando asomó el olvido a la ventana. Nada me dijo, no hubo tiempo, sucedió y dejó de suceder en un parpadeo. Se me pegó a los ojos, la ciudad era una hermosa desconocida; se me despegó luego y era tan sólo una calle bajo la lluvia. [13]

Opción real

El vellocino,
si venusino,
es triangular
y, desde Eva,
a gruta o fruta 5
tira con fuerza.

Envío en un jardín

Callada, una rosa vive de veras, vive sin querer oír elogios en un jardín de mecedoras y, en general, césped bajo los zapatos. Vuele a ella otra flor de fiel silencio. Pétalos, no palabras, digan y sean el envío sin fatua o triste o vana gloria.

Sobre una orquídea

Afín a ella, la luna
clara y esquiva del alba.
(Siendo celeste satélite
es a su modo parásita.)

Lazo divino

Mis horas hoy celebran
las nupcias naturales
del sueño y la pereza. [14]

Oscura, cuando el viento
arde, silba y se apaga, 5
dormita la cigarra
feliz de estar ahí.

Si un rato se despierta,
su canto es otra siesta.

Historia natural y callejera

Arbolito esquinero
entre piedras creciendo
(y entre sales
de seres minerales)
con gato y lagartija. 5
Al saurio modo menor
y de felina manera mínima
su alabanza dicen
al sol.

Nadie sabe nada

y siempre sale el sol
ídem el martes ídem el jueves ídem el vuelto
del almacén con caramelos
ídem biberones
beibidoles ídem 5

ídem robacoches diurnos
ídem la luna [15]
sobre unos pocos
y lentos
kios 10
keros

Frutas eróticas
La manzana mordida
de espaldas a su pera.

Esa pera de nalgas
al ojo ya lo enreda.

Dicha manzana cambia 5
de lugar y sus dientes
continúan la marcha.

Naturalmente siguen
machucadas guayabas.

Con sabor a himeneo: 10
duraznos, frescos mangos. [16]

Invierno en la sala de estar de balde o un tardío homenaje a la vida sedentaria
leño del árbol
dormido ardiendo
 quizá silencio
 tal vez blablá
frío en los vasos 5
iglú en el hielo
 flores de cret
 ona de sof
 á de sofá.

El filo de la sombra

La tristeza del atardecer es un secreto a voces, a muchas voces. Lo saben las avispas en una estatua ecuestre y lo cantan los pájaros en esa misma plaza o en otro árbol de igual valor comunitario. Aquí, allá y en su charco natal, lo acepta un sapo. Un grillo lo puntea en una guitarra para insectos (puede ser un laúd tomado en préstamo de las páginas de un bestiario) cuando cae, inevitable y certero, el filo de la sombra. Sólo el hombre busca razones para no estar triste. El hombre, inventor de su alegría.

Ominoso

Al azar de la calle, al tuntún de los pasos
y en la defenestrada intimidad de su patio,
siempre desgracias ladra, perro de infame amo. [17]

Ilusión de buena eternidad

Un día fue (otro ayer será mañana) y entre lindas casas limpias parte el sol. Inútil
preguntar a nadie la hora que sin duda es, todo número miente cuando unos ojos se
encuentran con una tarde que se va y no termina de irse.

Adán de barro y nostalgia

Frente a miríadas de Mónicas de moda, que a Max,
que a Liz, que a Pierre acatan y padecen,
pienso en Eva, divina desnuda instantánea.

El milagro económico

Un cántaro, una Venus
obesa en forma de aguamanil,
un plato pro muro, piezas
notables en suma
no por su arte 5
o tosca o muda artesanía.
Este nombre les cae bien:
cacharros.
Nacieron por milagro.
Son un milagro del barro, 10
son el barro del cual se hace el pan. [18]

Villancico de rotonda

La infancia limpia (para brisas, vientos) viaja lejos, muy lejos a pesar del tráfico
demorado en una esquina.

En esa esquina, la minoría de edad, curiosamente representada por un niño y no por sus
padres, busca una moneda.

El niño la encuentra en una mano y se aleja, la infancia decide permanecer un rato aún
junto a esa mano, craso error en nochebuena.

Craso error porque la infancia se convierte entonces en un estorbo para el tráfico, en un
cuento de navidad o en un villancico de rotonda.

Conocidos

Callejera gente
en tránsito siempre.
Tras breve saludo,

«Vamos» dice uno.
«Listo» ya responde 5
otro y se dispone
con opuesto rumbo.

Asfalto y tolerancia

El cielo es alto, cualquiera diría que hoy es más alto que ayer, más alto aquí, más alto ahora. Pero tanto hic et nunc es sospechoso y debemos volver a las verdades fundamentales: el cielo no crece, la distancia entre el cielo y la tierra es siempre la misma, la gente de la calle es la gente de costumbre, la calle termina en un muro y la gente de costumbre no termina [19] de pasar por esa calle. Mucho más no sé. Diré que una estrella de mil puntas (es la estrella belenita de la tarde) sale justo sobre el muro. La nuestra, ya lo habíamos dicho, es una calle de costumbre, aunque también se puede decir que es una calle de asfalto y tolerancia pues el comercio sin puertas coexiste con las puertas de muchos bazares. Y en este inacabable atardecer, en esta víspera de los Reyes Magos, todo es materia prima para Gaspar, Melchor y Baltasar. Todo es goma de pelota, trapo de muñeca, todo es plástico de flor. Sobre sandalias cruzadas con juanetes pasa una procesión laica de mujeres íntimamente religiosas. Pasa una procesión igualmente laica de hombres que acompañan a sus mujeres. Es una típica procesión mixta de compradores de juguetes.

De tu estampa colonial

Paz
y regreso
a la siesta del gato.

Es decir alero,
sol y sombra, 5
helechos.

Es decir zaguán
y pensar piyama.

Es decir desierto
plus palmera 10
enana enmacetada.

Plus cactus. [20]

Cantilena fluvial

Un saludo
El río no devuelve sino arrugas
a quienes, por mirarse en él, no lo miran.
Amable es un estanque, piensa Narciso,

y el tufo de costumbre lo saluda.

El eterno retorno

¿No es un río el olvido?

Lo es, cuando regresa,
lento y manso entre peces,
a su cauce y su madre.

Entonces, otro espectro, 5
otro anfibio habitable,
otro rancho del frío
y del río en bajante
contra el viento aparece.

En él, un ribereño 10
cíclico, también terco,
pisa limo y no tierra,
aunque asome, a veces,
algún sol en terrones
enterrado en el techo. 15 [21]

Sinónimos y fotografías

El embarcadero desierto nos devuelve al atracadero vacío y el muelle resultante nos deja en un carcomedero lacustre de tablas y sogas. Queda un cuervo en la ventana. Y una nube. En las aún portuarias aguas flota la sombra de un edificio que ya fue. Es, era el Frigorífico Regional N° 2. El dinero manaba de aquel patíbulo pecuario. Hablo del circulante histórico, de los billetes de otrora.

Heraclitiana

Apenas miente quien dice: «El río es otro y el mismo». Aguas arriba, los buscadores de oro envenenan a los peces; aguas abajo, los peces son más ecuánimes, envenenan a cualquiera.

La variación inmobiliaria

Rancho intacto a la vera
verdiaguada del río.
(Puede ser acuarela.)

Rancho recio de paja
y ejemplar telurismo. 5
(Si no postal, pancarta.)

Rancho viejo con bichos,
¿con Chagas? (El martirio
de sus días acaso.) [22]

Rancho fresco a la sombra 10
canoera de un árbol.
(Donde ya rema el remo
puntual del contrabando.)

Some day

Algún día, cuando mi río sea el Ganges, he de hablar de las aves y los peces del río. Me ocuparé de picos y plumas, de agallas y escamas, de branquias. Naturalmente, me ocuparé más de los peces que de las aves. Peces pequeños, ágiles devoradores de minúsculos peces aún más ágiles; grandes peces, virtuales paradigmas de la población en general. No he de hablar de la población en general y haré feliz a mi prójimo.

Crónicas

El transemiliano

Ningún lugar es tan encantador como aquél donde fuimos felices en otra época si es que, creyendo que ha de volver también la dicha, a él volvemos un día. Fiel a esta superstición, volví a... (los puntos suspensivos no sirven aquí al deseo de omitir el nombre de aquel sitio sino al de invitar al lector a que éste imagine ahora un paraje) donde fui feliz.

Durante las primeras semanas, incluyendo la de Pascua, reconocí los amables y añosos árboles, bañeme en el servicial arroyo lavandero, oí pájaros y busqué en el rostro de [23] alguna gente alguna gente que yo conociera de antaño. La dicha no vino y, en cambio, ciertos moradores comenzaron a verme con malos ojos. Lo atribuí a la envidia: holgaba yo todo el tiempo y ellos lo hacían sólo los domingos y días de guardar.

Un factótum lugareño, del tipo que los periodistas de exiguo léxico llamaban sátrapa, se acercó una mañana y me preguntó si yo era fulano. Respondí que tal era mi nombre y pregunté a mi vez cómo lo sabía él.

-Yo sé todo- dijo, y siguió su camino.

La dueña de la casa donde fui alojado se debatía entre la urgencia y su gratificación. En las noches que siguieron a la del Domingo de Pascua recibía ella, con repetido y repartido gusto, a dos hombres que intercalaban las visitas y también su muy intercalable propósito. Además, ella había comido carne el Viernes Santo.

Se me ocurrió entonces que el paraje en cuestión era un puro cruce de caminos. En esta mi ocurrencia, nadie era natural de ahí; los pobladores habían llegado en busca de la dicha que dejaron bajo esos árboles, como yo, o bien esperaban salir del pueblo para trasladarse a otro donde habían sido felices alguna vez. Una tarde -ya me había resignado yo a no encontrar la dicha donde ella me había encontrado en otra ocasión- tomé el tren de vuelta.

Mi compañero de viaje prefería el silencio a una posible conversación conmigo. En los asientos de enfrente, dos mujeres, madre e hija, reservaban su locuacidad sólo para ellas. Así llegó una intratable noche y comenzó la historia de su larga oscuridad. El tren no tenía luz propia, la tomaba en préstamo de alguna quemazón de los campos, de una linterna encendida por un pasajero que buscaba alimentos o de una luciérnaga en un pajonal. En el mínimo andén que es la sola plataforma de innumerables estaciones -siempre estábamos [24] dejando una para entrar en el campo adyacente a otra- sólo había una lámpara de

kerosén donde la electricidad había encendido la suya años atrás, diez por lo menos. Nunca supe a qué atribuir el apagón que se vivía en todo el país, quizá tuviese la culpa un tapir ahogado en la represa de turno. A ratos, la luna corría delante de los rieles, como en una novela. O aparecía como en estos versos de Emiliano R. Fernández:

Novela de una noche
de luna esclarecida.

Esclarecida porque, de tramo en tramo, que es como decir de capítulo en capítulo, las nubes la dejaban ver.

Ese tren -El Transmiliano- parecía no llegar jamás. Como, desde luego, la impaciencia por llegar no es pasión que se domicilie en mí persona, dormí largo rato. Desperté en un sitio bien conocido por mí: el andén de la penúltima y desierta estación antes de la de mi destino y fin del trayecto. Cuando desperté, el tren no estaba en movimiento. No vi pasajeros en el vagón -llamarlo coche sería vana gentileza- ni en los otros vagones a los que subí para enterarme de lo que había sucedido. Subí después a la locomotora. El maquinista me informó que el tren no daría un paso más: la máquina había soltado todo su vapor. Pregunté al ayudante del maquinista dónde estaban los pasajeros.

-Por ahí -respondió, y sólo se veía la noche.

Dije gracias, pero pensé otra cosa. Al amanecer llegué a destino. A pie, naturalmente.
[25]

Un rostro para el olvido

Sabía que, más tarde o más temprano, habría de encontrarme con Juan Ramón Jiménez. De modo que no pensé mucho en tal posibilidad que para mí tenía el cariz de una casi certeza. Después de la gran inundación, después de la evacuación y tras el lento descenso del río, él habría vuelto a su tierra natal -que no es valle y sí pradera- entre Corrales y Cuenca Cué. En uno de esos parajes pastoriles habría de encontrarme con quien, siendo un homónimo del conocidísimo poeta, jamás había leído una página entera en verso. Ahora paso a contar algo que no puede producir sorpresa: hace un par de semanas he vuelto a ver a Juan Ramón Jiménez.

Lo encontré a orillas del río. Mi amigo dominaba la escena desde una posición cómoda. Sentado en la hierba, había confiado su reposo (o meditación u observación) a la humilde sombra de una frutal y anónima planta arbustiva. Irradiaba indiferencia, olvido. Se diría que era él una humana instancia del paisaje que, entre Corrales y Cuenca Cué, vegeta sin fotografías. Cuando tomó conocimiento de mi presencia, se puso de pie, me estrechó la mano y me dijo:

-Gusto de verte.

Pasaba la primera parte del encuentro, de cuyo diálogo acabo de transcribir una frase trivial, inevitable fue que recordásemos la última gran creciente del río, la del año anterior. Inevitable, digo, porque cerca de ese sitio habíamos conocido la ira de las aguas y porque, en la mañana de nuestro nuevo encuentro, aunque remolón a causa del estiaje, subía el río el Acero Criollo, buque mercante y, ganadero a bordo del cual nos habían traído víveres durante la inundación del año anterior y a bordo del cual también nos evacuaron con tal motivo. Así, mientras el barco subía el angosto y lento río [26] que teníamos frente a los ojos, la ribereña gente de Noé descendía un río interior, el torrencioso y raudo río de la memoria. Eran evacuados y damnificados, eran diluvios o naufragos, eran almas destechadas por la lluvia y por el agua de mil canoas bajo la lluvia. Como estas almas

venían de un gran desmadre del río al calmo río que, mientras conversaban, miraban dos amigos, caían ellas en su mención recordatoria con todo el peso del caso aunque, es preciso admitirlo, sin toda la fuerza de las circunstancias. Quiero dar a entender con ello que unos meses habían bastado para que el río descendiera y para que el otro río, el castigado río de la memoria, mitigara el doloroso paso de sus aguas. Entonces, entre una y otra faceta de la conversación, mencioné a Jiménez un episodio que extraje de lo tumultuoso e inundable de nuestra experiencia.

Esperaba que no lo hubiese olvidado. De manera sumaria, recordé a mi amigo que, durante la inundación, cerca de una boya de rara luminosidad, había visto yo un rostro de un color como el de la cecina, flotaba el rostro entre las burbujeantes y encamalotadas aguas. Luego recordé a mi amigo que, bajo una lluvia que entonces tenía dos semanas de caer por lo oblicuo y oscuro del mundo, varios de los que estaban con nosotros a bordo, incluido el baqueano del Acero Criollo, vieron ese rostro. Y el baqueano no perdió tiempo: arrimó la embarcación a los camalotes entre los que, a la providencial y enigmática luz que parecía venir de la boya, boqueaba el hombre en espera de que lo rescatasen. Ahí lo rescatamos.

-Si le vi, ya no me acuerdo -atinó a decirme Jiménez.

Le pedí a mi amigo que hiciera un esfuerzo por avivar la memoria y proseguí -como ahora- con los aspectos esenciales del relato de aquel hombre. Nos dijo él que la inundación lo había atrapado aguas arriba y que no sabía cuánto [27] tiempo llevaba en el río. Pidió comida. Al rato, la sinceridad lo llevó a confesar que tenía más sueño que hambre. Habló todavía antes de quedarse dormido y así supimos que el hombre había remontado el río en busca de oro. Aguas arriba, nos refirió, en un lugar que a veces llamaba Siete Lagunas y a veces Pantanal, había ganado y perdido mucho dinero. Últimamente (es la palabra que usó) había perdido a su rubia. Después aclaró que su rubia era una pepita del divino metal y que dicha rubia era todo cuanto él tenía.

-Francamente -dijo Jiménez-, no me acuerdo.

Ya me parecía injusto que se olvidase así como así a un compañero de infortunio y ya me preguntaba yo por qué sería tan magra, triste y culposa la memoria cuando Jiménez recordó nuestra afición al juego. Los naipes eran un pasatiempo sin límite de tiempo durante el fluvial, pluvial e inacabable azote.

-Nos gustaba el tute -dijo con una entonación curiosa, quizá nostálgica.

-Y el truco -agregué.

En realidad, a bordo del Acero Criollo jugábamos por el puro valor de los granos de maíz que hacían las veces de fichas: la inundación nos había dejado sin dinero. Durante una enredada partida de truco (los naipes tenían un rostro tan borroso como el de los jugadores bajo la lluvia) vi entre los camalotes aquel rostro de un color como el de la cecina. [28] [29]

Alegría de un hombre que vuelve
(1992)

Me rozo con un núcleo cespado de muchedumbre
que viene por la carne, la fruta y la legumbre.

Rubén Darío [30] [31]

Alegría de un hombre que vuelve
Inopinada, sorpresiva, febril y taxativamente,

quien no fue mártir ni soplón
ni dio su labia al barrio en mucho tiempo,
camina entre fachadas familiares.
La realidad, tutora de tantos viajeros afortunados, 5
lo devuelve a su casa natal.
Sigue por una calle cortada, todavía comercial en tal tramo.
Saluda, se demora, compra frutas.
Feliz, feliz ahí
donde la calle es cuna y el mercado es casa. 10

Me acuerdo

Los años en el viento se arremolinan de pronto sobre una calle. La luna sigue ahí, tan esquinera como siempre. Y con la luna, un árbol. Mucho más no hay ni hubo. El café murió, también el cine, el kiosco ya se fue y el mendigo adosado al kiosco cambió de manos.

Delicadeza oriental

Miraba Simbad la luna
metida en su perla negra.
(La noche es perla, si pisas
el mar que duerme en la arena.) [32]

Exilio

A pesar de lo breve de sus apariciones, el sol deja un recuerdo y otro y otro más en la ciudad laboriosa, triste y austera. Lo recuerda el gris de las nubes, lo recuerda el grisante azul de la paloma gris. Lo recuerda, por extensión, el gris en un periódico y el gris en un roedor portuario, el gris en un sombrero y el gris con grillos.

Personaje

Al sol saluda,
sí, con un pensamiento
mientras, hurraño arrepentido,
suma su voz
al coro de los buenos días. 5

Infancia

Los techos de la calle por donde pasa el tren sueltan palomas al alba. Cede la aurora, el día crece con las palomas y, una vez más, un tintineo de latas anuncia leche y pan. Palomas y blablá de lechero, palomas y carrito panadero, palomas de abril (casi de mayo) el 30 de abril de 1947. Es un día probablemente hábil, salen también los niños. Los niños de Moloco de Morínigo, los niños de la paz o de la guerra civil circundante. [33]

Vagabunda

Camino de la noche,
de un bar, una terraza,
la dulce brisa pasa.

El invierno en una viñeta

Débil, lánguido y lírico sol. Tiene por cima la cresta de un gallo en un talud donde ha caído, esparciendo lo que llevaba, un carro de mudanzas.

Piropo frustrado

Si no fueras tan obesa,
tan de flan en cualquier mesa,
querube fueses, queruba,
gran queruba, querubona,
divina querubimbina, 5
encanto, querubombona.

Canción

Se fue, se ha ido la lluvia. En mínimos huertos, en patios ínfimos, en jardines francamente empantanables y en aceras usurpadas por baldíos, el gorrión la recuerda. [34]

People

uno mira y mira detrás
de la gaseosa de turno
¿y qué encuentra? labios
barrios enteros
de labios sedientos 5

Bella

Mecida por el amor a las hojas de una siesta en el viento. Bella de alero y mecedora, bella con sueño, bella en un dormitorio a medias jardín.

Justo al cruzar la calle

aguacero con viento
apenas unas gotas
unas gotas que no terminan de caer
terminan de caer con hojas

La mesa familiar

Como suelen, a cierta distancia, parecerse una naranja y una mandarina, el sol de un dulce día de otoño se parece al dulce sol del día anterior. La mesa familiar robustece tal semejanza. A la hora del almuerzo, cuando la luz descubre las arrugas del mantel, la conversación borra el rostro de las frutas. [35]

Mujer al paso

señorita quizá señora de buena presencia
en portón con cadena y candado
casa de alero y poco patio
casa no sé de quién a lo mejor murió

Monstruo y pájaros

Desarraigó, cíclope ruin, un árbol. Lo alza, luego lo deja caer. Quedan en pie otros árboles, pero muchas plumas, muchos picos, muchos tristes juntos vuelan.

Nuevo fragmento presocrático

¿Beber? Te bebo, luz divinizante
y, si en el pan, también me nutres.

Xavier

Antes de abandonar el camino, la niebla obsequió al joven con un poco de sol. Enseguida cambió el viento y quedaron en su sitio los perfiles del río: club, banderas y trofeos. Pensando acaso en la cambiante forma de las nubes pasó una hora. Y la media mañana lo encontró alejándose de la orilla, nadando a brazo partido. Se ahogó ahí, a la vista de todos. [36]

Song

tejas caídas esquivas el pie
y ramas pisa y hojitas en
calles per
didamente otoñales

Plumas

El gorrión de todos los días canta un instante en la ventana de costumbre. Luego se aleja y canta en el viento, en la rama de un árbol, en patios. Canta en cualquier lugar, canta en jardines deteriorados por años de intimidad con sapos y culebras.

El ideal comunitario

Ni yo ni tú ni usted ni él.
Ni vos, que ya es mucho decir.

Sino todos. Siempre juntos,
juntitos al pie de la fuente
del hidrodólar y el saunaflex. 5

Pequeña ciudad después del diluvio

Por olvidados cauces de lluvia como calles brotan pimpollos, la hierba ya verdea, sale otra vez el sol y salen camiones de carga para pasajeros. [37]

Luces

Faro, fanal, antorcha,
cerilla temblorosa,
sol interestelar
o pluriplanetario, nada,
nada como la luz 5
amante de unos ojos
enamorados.

Céfiro

Al pie de un árbol, entre muchos de parecida sombra y similar arraigo, la siesta me cierra los ojos y, casi siempre, veo las formas de mi sueño. Un día, cierro los ojos, no duermo y se me acerca el viento con un arrullo, con un lento ronroneo, con un suspiro de quién sabe quién. Amable, me digo, es este viento. Insiste en ayudarme a soñar, aun cuando no duerma.

Lavandera

Oscura, si es que peina
o trenza sus cabellos
cuando devuelve sombras
el agua no muy lejos.

Oscura, si se tiende 5
bajo idéntico cielo
después de haber lavado
la ropa o su pretexto. [38]

Y clara cuando huye
y vuelve en un recuerdo 10
que al vadear el río
tropieza con su fuego.

Continuidad de la especie

La llanura era un charco, era un resto de sol y era el salto de los sapos. Poco a poco, la oscuridad se apoderó de los árboles, de alguna roca y de la hierba que a flor del agua era más pasto que agua. Entonces aparecieron tres o cuatro caballos. Aparecieron es un decir, siempre estuvieron ahí.

Sobreviviente

Cientos a coro cantan al héroe de la tribu.
Lo hacen cada vez mejor sin mí
mientras yo cruzo algún saludo
y dos palabras con un indio que conozco.
Oscuro aborigen ubicuo 5
y, con razón, urbano.
Ya fue carne de selva y choza, de toldería,
opinable sujeto de cueva y antropólogo.
Ahora es indio de bar,
de almacén, indio de ferretería. 10 [39]

Mañanita

La vieja lleva un haz de leña sobre la cabeza y tiene un cigarro sin encender entre los labios. Cambió el arte, pienso, pues ya no la representa, pero no cambió ella. Y sigue su camino: va por la parte baja de la cañada, a ratos moja el pie en el agua del arroyo.

Un pueblo antes de la escarcha

Entra el campo en las casas,
por los adormecidos patios entra.
Entra con una vaca y una mula,
con un caballo sin arreos entra.
La noche es larga, hueca y larga; 5
el frío viene de las estrellas.

Almacén

Se llama La luna. El gusto de su propietario impuso las paredes de tabla. Entre las piedras del paraje cerruno y cerril donde se alza tan servicial establecimiento, nada es más cálidamente nocturno que la madera bajo una lámpara. Así mismo, el nombre de este lugar es un homenaje a quienes vienen por la noche y por un vaso de caña. [40]

Ofrenda

La villa es ágora y monte;
la calle, también mercado.
El pueblo es semialbañil;
el vulgo, microempresario.
Señora de mil baldíos 5

convertidos en mil patios,
recibe ahora en ofrenda
estas frutas del verano:
sandía, melón y mango.

Carnicera nocturna

Arbolito del patio, luna del gallinero. Bidones elude, sifones y fardos elude la intrusa, la pura intrusa al pie del muro. Tristona si nos mira y, comadreja al fin, triste si nos teme. Casi humana después de un puntapié.

Esculturas de Hugo Pistilli

Cuando no quiere el hierro
ser hierro ni madera
ni barro ni sufrida
piedra bajo el cincel,
¿qué es sino una idea 5
que en el aire su suerte tienta?
Se alza, se eleva.
Y un aire generoso,
fraterno con el hierro,
lo ciñe, casi lo sustenta. 10 [41]

Oficio

Cada uno tiene sus artesanos, a quienes beneficia. Cada uno tiene sus carpinteros y tejedoras, sus plateros y aprendices de lo que sea. En cuanto a mí, apenas desentono: el oficio que nunca terminaré de aprender cabe en esta página.

Mister Gold, artífice del fin del mundo

Quizás nació en Tasmania, no sé porqué lo digo.
Sé que fracasó en mil países, él mismo lo admitió.
Amigo de los ríos, nada siempre que puede.
Nada en el Éufrates, en el Elba,
en el Rin de las endechas, 5
nada en el Támesis penosamente reciclado;
Mister Gold es el oro que nada
en el verde Orinoco inacabable
y en el bilingüe Paraná.
Aquello que tus oídos no quieran oír, de sus labios lo has 10
de saber.
Aquello que tus ojos no quieran ver, sus
palabras te lo mostrarán.
Sus palabras dejan atrás los valles últimos de
la buena tierra, atrás los basurales, 15

atrás la gesta de todos y de nadie,
atrás los puentes donde mueren
de plomo filantrópico
tantos mendigos.
No le creas, no, no le oigas, tápate las orejas 20
con fuerza de manotas [42]
porque la nuestra es otra historia.
No viene al caso ahora:
es otra historia de Simbad y/o Darwin.

Pájaro legendario

Iba y venía con el viento cuando apareció entre nosotros. Algunos dijeron que venía de Colombia, otros de Ceilán. (Así se llamaba entonces la isla del té.) Era hermoso, era increíblemente hermoso. Lento descenso, desmemoriado vuelo. Vino a conocer la sucia tormenta de una tarde, a demorarse un instante en los amarrados árboles callejeros. [43]

Fogata y dormitorio de caminantes
(1994)

a la memoria de Ana Iris Chaves

Sabías que las ciudades son accidentes
que no prevalecerán frente a los árboles
Jorge Teillier [44] [45]

Las hojas de esta serie abarcan aves y árboles, un caballo, nuevos barrios de asunción, un supermercado, los últimos baldíos, cierta nostalgia, la irrealidad del tiempo y la persistencia del amor

Periferia

Al este de la vieja ciudad y, se diría,
al sur y al norte cuando no en ella misma,
las nuevas casas y los nuevos barrios crecen.
La historia convertida en techo
no es, no, 5
materia de interés
para quien hoy confía su canción al viento.
Y sólo a él, al viento.
Al delicado y deleitante
viento de un limonero y un gorrión; 10
de un limonero y una piririta;
de un pitogüé, que bien te ve.
Cítrico viento amigo de pájaros,
¿amigo mío no sería?
Y tuyo, pero 15
volvamos al aspecto

territorial de mi canción.
Así, precisamente,
porque la ciudad crece y crece y pisa
el casi ya no pasto, 20
viven estos por mí recordados limoneros,
estos pequeños árboles testigos [46]
de un verde ayer de quintas,
de chacras y de tambos,
ahora en patios. 25
(También en calles
y plazas.
En lo que atañe al fútbol,
valen las últimas
a veces como canchas.) 30
Celebro yo de paso
el deporte del pie por excelencia
mientras confío mi canción al viento,
al habitable viento de unas hojas y unas alas.

Linda vida

Lentas aves dispersas
en la feliz mañana inacabable.
A falta de jacarandá, cima de azules,
un tarumá de octubre las junta, las reúne.
Pico y alas en rama o nido. 5
Y sombras en el viento.
Y flores en un techo.
E idilios.
Tal
el vegetal, 10
canoro y paisajístico
nirvana en el que vivo
de cuando en cuando y cuando estoy en paz.
¿Estoy en paz? Conmigo mismo.
Hago tiempo, es mi especialidad. 15
Tiempo para cantar a pájaros y árboles,
tiempo intruso entre pájaros que hacen cielo. [47]

Hogar

Ella y él siguen, rezagados,
a la viajera sombra de los pájaros.

De pronto, muy de pronto,
ven una casa que no existe.

En un verde baldío 5
ven gradas bajo el sol, un jardín,

ven niños de ambos sexos, flores
y una ventana, flores y una cocina.

Han visto bien, sin duda.
Han pasado unos años y la casa existe. 10

Es el fin del camino,
es la equis del croquis.

Es una lata de cerveza a las siete
y media de la tarde en el verano.

Es una riña conyugal, una familia, 15
un patio con su luna y su parrilla.

Los últimos baldíos
El aire es fresco y dulce,
algunas casas duermen
y hay patios que parecen
dormidos desde siempre. [48]

Pasa un caballo, 5
tira de un carro de sandías.

Tira sin prisa, como si supiera
-cuadrúpedo fraterno-
que en él ciframos la muy poca
tracción a sangre que nos queda. 10

Entre los últimos baldíos
y el fin del minifundio suficiente,
esta supervivencia del trote
da ciertamente para pensar.

Pienso en los años andariegos 15
y pienso en él, ahora, cuando pasa,
bruto casi bucólico, pegado al pasto
apenas marginal de su mirada.

Viaje a un país del amor

Tras el vadeo de ambos cuerpos (cada cuerpo cruzaba el arremolinado río del otro) se fue la noche. Había venido a conocernos, a demorarse en la selva del sexo y en el desierto

de la mente. Se fue casi como había venido. Se fue cuando llegamos, bajo la luna del alba, a otra ciudad, otro país, otra identidad (habíamos mezclado nuestras personas.) No se fue del todo; descubrimos que ella seguía de alguna manera con nosotros porque el amor oscurece aquello que mira y toca, haciendo un poco noche del amoroso día. El calor de los seres [49] vivientes, particularmente el de los mamíferos, permanecía invariable. El otoño, según sus hojas, no terminaba de decir adiós. El viento era una suerte de otoño perpetuo, el vapor de una locomotora calentaba los árboles.

Al día siguiente

La mañana y el mediodía nos encontraron lejos, tan lejos que ahora recuerdo la lluvia como si fuera cielo cerca de las mejillas. Era un viaje ilusorio, sólo el amor era real y, entonces, llegamos a la casa. ¿Era una casa? Yo te miraba los pies, los pies en el barro del paraíso.

Cierto tiempo después

Lluvia de ayer, de anteayer, delicada lluvia que, si la nostalgia y el mal tiempo continúan, estará por aquí también mañana. Que llueva, que llueva para que pueda huir yo del ya muy cruel calor y estar contigo en la divina intimidad de la lluvia.

Acoples

al azar de las ventanas
un café doble un cielo nublado
una mano una rosa
un club de fans un mito de jeans
una carta de amor un amor a la lectura 5 [50]

Preludio

Cuando llegaron a La isla (el nombre le viene bien a tal supermercado), qué sino temor en el pecho y tufo de cebollas podridas en un rincón. De todos modos, habrán gritado ¡Manos arriba! El más joven golpeó a la cajera y se llevó el dinero mientras el socio, idiotizado por el gatillo, disparaba al aire. Años después, la identidad de los asaltantes seguía siendo un enigma; ni siquiera se pudo hacer el identikit: los testigos no recordaban los rostros. El caso fue al olvido, con razón. Si ahora lo menciono, es porque mi memoria no es tan mala y porque quiero hablar de la violencia y del olvido como preludio de un encantamiento. No supone otra cosa salir hoy de ese supermercado y ver a la luna en la ciudad de los grillos, de los baldíos, en la simple callejería de una emoción, en las horas de una bella esperanza.

Añoranza

Musgo, jazmín, palmeras,
esta noche definen
el aroma y no el límite

de otra noche más densa.

¿Fue aquí? Fue ayer, fue ella, 5
criatura de fuego,
de inocencia y desvelo.
Fuimos dos, y mi estrella. [51]

Intensa

Con cigarras al borde del otoño,
con grillos, mariposas, dulces
canciones mentirosas,
hojas divinamente secas
apiladas por manos jardineras 5
y otras cartas de amor
que valían la pena,
la tarde insiste en ser cordial
e inabarcable, inagotable,
posiblemente única. 10

Ayer

Los baldíos, aquellos grandes
y abolidos baldíos de mi infancia,
nada, ya nada son sino este canto,
este abuso de la nostalgia.

Salvar quisiera su memoria 5
y más que su memoria su penumbra
con la de un patio y un jardín
bajo la luna.

En el ayer de los baldíos
canto un hogar que nunca fue 10
y fue también el mío.

Eran baldíos limpios, dignos.
Incluso con algún hereditario
decoro hipotecario. [52]

Ruego

No me vengas ahora
con demandas de otrora
en ritmo trastrocado.
Tú, la flor de la rumba,
no me vengas ahora 5

en un aire de cumbia.
Y, si aún eres de conga,
de baión, de matraca,
no me traigas ahora
un compás de cachaca. 10

Ni por abracadabra

Si lo mencionas, nombras a un homónimo, caes en un error de interpretación o en algo parecido. ¿La realidad? Llamamos a un ser inconvocable: no comparece, no aparece, no trepa, no come, no bebe. Hablar es costumbre que no siempre produce resultados a la vista y, empeñados, seguimos hablando de alfombras o babuchas, de jofainas, de abluciones. Es ocioso decir que se nos va la vida en la saliva y que no hay voz que pueda llamarlo. Personaje increíble. Y rico en experiencia natal: de muchas nadas madres nace nadie.

Domicilio

La tarde se desliza, las cuerdas de la ropa tendida se van aviolinando con el viento. Despreocupada, una mujer sale a la calle de tierra, hierba y gallinas como si saliera a un patio. [53] Es un patio, después de todo. Es un patio del sol domiciliado en una mujer.

El viento en su mejor ventana

En los ojos que hoy miran
desde el vasto escenario
de una noche vacía,
viven, conviven
un amor que ya fue 5
y un comenzante amor futuro.
¿Otra pasión en ciernes?
Amor quizás idéntico a ninguno,
quizás apenas diferente
del vago amor eterno 10
que idealiza el presente.

Víspera de un feriado

Todo ha ido muy bien, pero a los comensales los ha vencido la fatiga. Decae la conversación, progresa el silencio, alguien piensa lejos, una nube se apoya en la ventana y unas manos descansan sobre la mesa. Reina la sombra frente a los ojos, ya entrecerrados, de quien nada quiere saber de nadie. Entonces, uno habla por todos y dice: «Pobre, se quedó dormido.» [54]

Felices

Cordial y olvidadiza
gente hogareña. Gente

que, cada día, deja
su adiós en la escalera,
su canción en un disco, 5
su dulce de mujer
en un frasco de vidrio.

Composición en blanco y negro

En el fango radial se demora el desenlace de una noche de fútbol. Oigo sin interés mientras tomo el fresco en mi porción de acera. También la calle rechaza el presente y se me aparece como si ella fuera un recuerdo, una glosa de otra noche. Bajo la luna, un perro ladra a una sombra y un borracho sigue su camino. Es curioso, creo haber visto ya la escena al tiempo que pienso que no soy yo, que debe ser otro quien ahora la está viendo.

Un tipo

Ese oscuro vecino,
cuya casa de tejas al sol sirve de nido
a muy pocas ideas, mata pájaros
de una piedra o de un dardo
con el flop-flop del aire comprimido. 5
No ha de tardar en recibir lo suyo.
Sigo de largo, paso, confío [55]
en la justicia poética,
justicia para pájaros.

Bicolor

Rosa de algún lapacho,
suerte de amanecer.
Lila del mismo árbol,
sol despidiéndose.

Fábula

En mi camino encuentro
un árbol elocuente: dice cosas
que el viento calla y la razón entiende.
Es un palo borracho, un palo panzón.
Es un gordo del reino vegetal. 5
Las nubes pasan o se quedan en sus ramas.
Ícaro vuela, lejos.
Y yo, que sólo vuelvo a mi casa,
creo que vuelvo a un árbol de mi infancia.

Alegoría

Desalentado,
no triste, lento,

entra el otoño,
suelta una queja, [56]

busca su fruta 5
por una rama

y es el invierno
cuando la encuentra.

Esa naranja
da tierra al cielo. 10

Destellos

Canto el oscuro esplendor
de las tareas humildes.
(En las honduras de un balde
y en los labios de una tina,
naufraga el sol de la tarde.) 5

La ciudad y el mundo en un breve repertorio de rimas usuales, en notas de diverso cariz, en comentarios y tevegramas

A usted, inevitable comunicador
Vivir quisiera al margen
-bien lo saben mis horas-
del pobre chisme que hace de los labios
apenas otra chaira de la lengua.
No puedo y me resigno 5 [57]
a oírlo, a oírlo a usted en su radio,
a verlo en su tv, a leerlo
en su periódico de usted.
Usted sin gracia y ambos desgraciados.

La ciudad y el mundo en un breve repertorio de rimas usuales
Roma del Tíber, de Tiberio, Roma
cesárea siempre, cesarista y bruta.
Grecorromana al fin, requetebruta
y, sin embargo, tan ejemplar, Roma.

Cruels vientos, caracaleras termas 5
donde atraen los cuerpos al cuchillo.
¿Y dónde don Leónidas Trujillo?
En otras isobaras e isoterma.

Hoy pienso en un tirano que fue el nuestro
casi desde su juventud. En suma, 10
un duradero infierno que mi pluma
gozó sin merecer. ¡Suerte de un estro!

No sé si será el Po, si el Sena, el Ganges,
el Paraná vivido en un barranco
o el Amazonas, claro, en otro tranco 15
impuesto por la rima un rato antes.

Como quiera que sea; si es de un río,
el agua de tu historia y de la mía,
espejo es de una musa todavía,
la musa de la historia, que aún es Clío. 20 [58]

Admirable

Ciclópea, también enciclopédica, esa roca de caimán, de yacaré, de cocodrilo. Toda una vida en ella, toda una vida sauria. Roca donde hay más arrastre que pata, menos pata que vientre y más glándula que lágrima. Roca donde hay menos agua que cielo, donde hay más Nihilo que Nilo.

Japón feudal

Al sur de un bosque de bambú,
cazaba un samurai a sus enemigos.
Al sur de los enemigos sobrevivientes,
los arrozales
y los ofidios anfibios de los arrozales. 5

Desplazados por la guerra

Esta caravanera y triste,
tristísima, doliente gente sarajeveña,
es otro pueblo que vemos pasar
a la vera de la tv.

Rostros de un tevegrama cotidiano: la región 5
sangra tras un momento de cirugía étnica
en la mesa de los políticos de siempre.

Quienes viven, conocen alambre de púa

o de madre llorando. Quienes viven,
entierran a sus muertos por la noche, 10 [59]

casi en secreto, y siguen,
muerden el polvo de los caminos.

Son el hambre en la nieve, buscan
migas de pan al sol de las ventanas.

El señalado

En las primeras horas de la tarde, el viaje era ya una decisión tomada. El joven se desprendió de la cadenita de oro de su Virgen en un montepío. Luego, valija en mano, eludió a un mendigo y saludó a un vendedor callejero que voceaba una Misteriosa mercancía con el silbido inevitable de una bronquitis. Sin notarlo siquiera, llegó a la esquina desde la cual iniciaría el viaje. Ahí, por una puerta azul, salió una mujer con un niño en brazos. Nuestro viajero la miró con simpatía; por un momento creyó ver en el infante la indefensa reencarnación de un enemigo y, con la sonrisa de un cobarde en tal circunstancia, subió al camión de carga y pasajeros. No debería llevar más de una hora viajando cuando comenzó a llover; el camión patinó en una curva y dio con fuerza contra un mástil del alumbrado público. Menos él, todos los pasajeros se salvaron.

Bloques portuarios
un barco y sus pies
un rumor de lona
una fruta remos
torsos y canoas [60]

cuarteles de invierno 5
vejez mal molida
reuma sin ungüento
y sin Sulamita

arañas no diurnas
en plena mañana 10
sombrosos acéfalos
y espaldas de carga

dientes de sandía
uñas encarnadas
lágrimas migrantes 15
vidas no inhumanas

Límite

Un rato sopla el viento por unas calles

que, ya descalzas, pisan la hierba y cruzan
el agua muda, sucia y servida
de unas casitas tristes,
aterronadamente humildes. 5
Aparecen los tachos.
Límite, se diría, natural.
Aquí Malthus, allá Darwin.
En estas tierras
-sí, señor- 10
hay más pobres que muertos.
Siendo así, sobrevive el más apto y no,
no necesariamente,
el más fuerte. [61]
Con un cero de más o de menos, sobreviven 15
16.000 chicleros.
E inacabables, endurecidos niños de la calle.

Entrañable

Surge, a vuelo de pájaro, de palabra o de avión, la buena tierra del Paraná. Hay quienes hoy la evocan con fogatas y nuevamente encienden una llama en ella. Otros hablan del tiempo, de la lluvia, de la infrecuente escarcha. Y yo recuerdo su amor en la quietud del campo. Cuando es la tierra quien ama (vaya uno a saber a quién), suele dejarnos un sabor agridulce o agriagro.

Al terminar el 93

En este día francamente lindo y epistolar
(uno, uno de los muchos que aun espera
la década postrera
del siglo que se va), vayan al caro lector
de siempre mis saludos 5
junto con mis deseos de paz, fácil bonanza y
gratuita felicidad.

Sabiduría

El nuevo etnógrafo
viene y pregunta, [62]
oye y se va.
Quiere saber
-sus editores 5
pagan, exigen-
si el indio miente,
si miente o calla,
si calla o dice

En los años de la selva

media verdad. 10

No así este amigo:
Luis Miraglia.

Un día llega,
mira, se queda.
Estudia el arte 15
de bien flechar
algunas aves;

conoce tribus,
frecuenta clanes,
familias, hordas; 20
dibuja un poco
y toma notas.

¿Su ciencia vale?
Sabio, lo ignora:
vive la fiesta 25
de Etnia y Gea,
de Fauna y Flora. [63]

Vidas para una égloga o lo que aún queda del Paraguay de antes

El cielo siempre se pone a la altura de los pájaros. Sobre todo en una pequeña ciudad de sendas y veredas a la vera de las hojas caídas. Apacibles, unas casas de ladrillo, tejas, goteras y resignación. Durante la siesta, conversan las sombras entre sí e interroga el viento a una frente sudorosa, a una vaca de baldío, a una joven pareja de recién amados. En el arroyo cercano, los más oscuros peces del planeta encuentran un rayo de sol. La leña es abundante; las manos carboneras hacen la felicidad de la cocina que, por otra parte, es un lugar donde riman la lluvia y el fuego en los días de tormenta. Cuando llega el verano a su cumbre, las estrellas son un poco más grandes, la luna ocupa el lugar de los jazmines y la gente duerme, perfectamente encatrecida y al aire libre.

La tribu errante
Fruta y pico de pájaro.
Bruma y alas y flores.
Lluvia, pies anteriores
a la pedestre historia
del calzado. Pies anchos, 5
de piel endurecida,
de plantas agrietadas.
Dedo gordo muy gordo,
tobillos expresivos,
gusanos propios, llagas. 10

Los pasos continúan [64]
el éxodo inicial
bajo la lluvia próxima
a su fin; la pradera
se va quedando atrás. 15
Y un día sin memoria
termina la gran lluvia
tributaria de un río
que, a lomo de unos troncos,
ha de cruzar la tribu. 20
Los más, los ya selvícolas,
se meten en la selva;
a la pradera vuelven
algunos: son amigos
del tapir, del venado, 25
del carpincho no crudo.

Animal fabuloso según Franz Marc
Un árbol a la vera del camino dice buen día
o parece decir algo frente a su animal.
Animal fabuloso, bestia de artista.
Se le ven las costillas, el alma se le ve.

Anécdota

El viento, abrió la puerta y un caminante vio pan en la mesa, vio un vaso de agua y un plato de comida. Cruzó el umbral, creyó que no tardaría en aparecer su desconocido anfitrión. Tardó en aparecer el hombre y, cuando lo hizo, [65] no se sintió sorprendido de ver cómo el viento abría y cerraba la puerta ni se sintió robado por hallar la mesa con restos de comida. Incluso es probable que no hubiera comentado el incidente. Yo lo supe por el otro, por el que fue huésped del viento.

Jardín de bíblica condena
Sudar, sudar a sol y sombra
donde florecen sindicatos
y se marchitan las personas.

Signos de madurez
Buen vino, pan y libros.
El viejo estilo de la aldea
en la sala de estar con chimenea.
Sueño para dormir, noche para soñar,
sol para despertar, mujer para vivir. 5

Homenaje a Stephane Grapelli

Por fuera, la casa es una de tantas. En la pared, un rostro de papel ofrece sus facciones a la momificación o a la indiferencia. La puerta, cuyo color es un enigma, se abre un par de veces por la mañana y un par de veces por la tarde. Un poco más arriba, se abre una ventana para ver pasar a la gente, pero el hombre que vive en tal lugar no se ocupa de la gente sino de la música. Mejor aún: de su música, de su violín. Así [66] como hay un sol en el azul de cualquier ventana, siempre hay una calle desierta para una melodía.

Rebaño

La calle se demora en la ventana
con mujeres de paso encendidas
un momento en el hombre que las mira.
Pasan, posan y laten.
y son el click de una mirada fotográfica. 5
y son el vals de una mirada languinálguida.
Son una idea momentánea.
Son antropología callejera.
Son una ofrenda del eterno presente.
Son un puro durante 10
sin antes, sin después.

Elixir

La vida diaria ¡Como si hubiera otra! Y no es que no la hubiera, pero para qué, si esta vida del día tras día con La Nena (La Nane), ah, es el mejor ensayo de cualquier otra vida. Vivible vida futura o vida pretérita revivida. Vida transhistórica; vida teletaladrada, teledescartable; vida karatecudada, sideral, potable. [67]

El secreto de la risa infantil

Lo saben todos,
prácticamente todos.
Lo saben quienes juran por Júpiter;
quienes prometen ser mejores el año
que viene; 5
quienes sólo visitan países de historieta;
quienes calzan coturnos y quienes,
expuestos al ludibrio en el foro,
oyen por turno y hablan a coro.
Reír, reír como los niños. 10
Y el patrón de los títeres es San Policarpo.
(Me salió san, quería decir don.)
Don Policarpo con Elisa y Humberto,
Sebastián y Santiago
Gulino: 15

titiriteros itinerantes.

Piedras para llorar

Si visitas un cementerio, no atajes una lágrima. Acaso entres en una cárcel, alguna vez, y tiren, de ti las lágrimas que tu pecho negó a una lápida.

Cocina china

A su manera, clásica.
Fácilmente aceptable
en la noche hamburguesa,
masiva, ketchupsante. [68]

Impresión de un cronista

La casa (no sé de ningún vocablo menos oportuno para designar ese lugar) ofrece un par de cadáveres a la crónica roja del periódico para el cual trabajo. Redacto el borrador de mi nota y digo adiós. Sigo por una calle que, a pesar de los niños que juegan a la vista de todo el mundo, es un ejemplo que no debería serlo para niño alguno. Es una calle de aquellas en las que se deteriora la esperanza, se aburdelan los bares y más de uno cree que todos los gatos son pardos.

Plaza

Una o dos veces al mes, cruzo la plaza donde se dan cita las manos. Hoy es uno de esos días. Como siempre, mi mano encuentra una mano mendicante. Como siempre, mi mano da una limosna. Como siempre, ofrecería yo también mis disculpas, si encontrase un mendigo dispuesto a aceptarlas.

Vestigios

Para mí, el desierto a la vera del camino de Cuenca Cué, tiene su mejor oasis en la posada, fonda y recaladero que yo llamo NEXO. Así, con mayúsculas, pues es lo único que se puede leer en la borrosa y polvorienta puerta donde alguna vez se escribió el nombre de este mesón. ¿Nexo de anexo? ¿De bar y (anexo) hospedaje? Nexo de ruinas a la vera del camino. [69]

La calle del violín allá lejos

(1996)

¡Oh bienaventurado
albergue a cualquier hora!
Góngora [70] [71]

Invierno

Un techo rojo
de tejas en los ojos.

Un clap-clap
salido de ambas manos.

Un beso largo, un largo abrazo. 5

Y tantas mandarinas caídas
de una bolsa de mandarinas
en la escalera.

Soneto y retrato de la mujer amada
Antes de encaminarme a la blancura
de tu blusa, de un lirio, de otras flores,
cuando nada sabía de colores,
de falsa perspectiva, de pintura;

antes de verte a ti dejar la oscura 5
noche encendida en dulces miradores
y de entender por qué unos resplandores
iluminan el trazo que hoy me apura,

algo de ti sabía que entreveo
ahora, en este instante, cuando pienso 10
al pie del verso que mi pluma pinta, [72]

al pie de un cuadro que en mi verso veo:
goza la luz bañándote en lo inmenso
y en tu figura al sol, hecha de tinta.

Ciclo

La lluvia suprime los árboles con una melodía. Viene después el silencio y suprime la lluvia. Más tarde, los pájaros suprimen el silencio y vuelven a los árboles.

Sosiego

Otro día de fútbol (en el césped
rapado y militar) con jugadores
a los que la tv confirma audiencia.
Por una vez, ay, no, basta de goles.
Procédase a un domingo sosegado. 5
Luz de persiana (veneciana), luz
de un domingo de tregua semanal.
Almuerzo largo y digestiva siesta.
Un día para Mozart, Buda, Bach.

Tirada floral

Muro y musgo, jazmín y pacholí, dulce rosa
y amarga tuberosa.
Ylang-Ylang, flor de perfumista.
¿Para descansar la vista? Lirio colirio.
Lirio, flor que también llaman azucena. 5 [73]

Lecho y literatura

C'est un livre qu'au lit on lit
Apollinaire

El futuro durmiente, si es sincero,
dormita o lee un rato, luego duerme
como si entrara en el último sueño.
Es grato y oportuno leer así en la cama.
No, no depende tanto del libro, 5
cuenta más una buena almohada,
poesía hay siempre en las estrellas
que caben en un tomo de bolsillo
o en un formato de ventana.
Leer, leer con gusto en la divina 10
presencia compañera que nos dice:
«Léeme ahora el cuerpo, bien, sin prisa.»

El sol naciente

Vive el Japón en muchas lenguas
y lo hace con pocas palabras:
ayer kimono y kamikaze,
origami hoy, e ikebana.

Casita como ejemplo

Ejemplo inútil, porque la ciudad no quiere
ser como ella.
La ciudad es un espejismo de arquitecto. [74]
Es un oasis ladrillero y es un botín de banda.
Banda bandida bandideando por todas partes. 5

Monedas en juego

a Francisco Luna Pastore

La vida money, la gran vida moni o mani,
que duerme en Singapur, despierta y sigue tan
campante, ¿no fue otra cosa
antes? ¿No fue real, peso, bolívar?

Sin fuerzas, reducido y numismático, 5
el guaraní se extingue en muchas cuentas.
La realidad y el miedo no se divorcian todavía
frente a su vasto cementerio de cemento y números,
de países y números, de números y números
con una bocanada de aire 10
y un destello en pizarras instantáneas
o en pantallas globales.
La industria telenovelada cambia de manos,
se abre camino al desempleo
con una lágrima, con un sobre, con un revólver. 15
Y los discursos premian al ausente
mientras el dólar cae, soplando para arriba
al marco y a la libra con el franco y la lira,
a los escudos, a la telúrica peseta,
a la rupia y al yen, a la corona sueca. 20
Quien algo apuesta en contra, pierde.
Quien todo apuesta en contra, muere.
Quien sólo pierde, sobrevive con migraña. [75]

Generosa

La luna de hoy recuerda
a cielos anteriores.
(Asilo de murciélagos
y dos o tres peatones.)

Conducta

Remábamos ayer en las aguas de un sueño y, por temor a que el sueño acabase, no me atrevía yo a preguntar el rumbo. No sé si es el mismo sueño, sigo remando, me niego al vino avinagrante que riega la conversación y la curiosidad en la mesa de algunos desvelados.

Enigmas

Este viaje me ha llevado muy lejos y ya contemplo el cielo sin ser la mía un alma contemplativa. Vuelvo a los enigmas de la noche, vuelvo a mi estrella entre otras a las que también puedo llamar de igual manera.

Repeticiones

Despierta la ciudad, el sol busca una plaza para dormir todavía. Una vez más, desde una ventana, canta el silencio. Una vez más, una mujer bebe una taza de café mientras el día se despega de un lento minuto. Es una mujer hermosa, a la manera de las mujeres dulces y obesas. [76]

La percepción del pan
Humo, sombra y silencio
en una calle semidesierta
del centro casi muerto.

Pan duro y manos hurgasobras
en los zaguanes mudos. 5

Pan, pan en una plaza para pájaros.
(Rima por conjunción de canto y miga.)

Ave hambrienta de cielo,
una mirada vuela,
irremediablemente lejos. 10

Y, mientras tanto, por aquí,
siendo las cinco de la tarde
del domingo que nos congrega,
la percepción del pan
es como ya se ha visto: 15

no encuentra rémoras,
y sí vestigios,
el simple sentimiento
del más elemental alimento. [77]

Simón septuagenario en el taller y en la trastienda
Elocuentes, digamos, las herramientas,
la mesa de trabajo, los clientes
y la pared y el almanaque
con su rubia sin duda pornográfica.
Muchos clavitos, chismes también. 5
Y dale, dale con el martillo
a una montaña de zapatos.
Es casi feliz cuando comienza,
tras breve ducha en mínimo interludio,
la noche en la trastienda. 10
Horas o cosas, todo en círculo:
un pensamiento, un vaso de agua, la noche
con el viento redondo de un ventilador.

Carbón

El mercado es un dédalo de calles y recuerdos. Y puede no ser una calle ni un recuerdo,
puede ser carbón echado por arrobas frente a una sombra sentada en una carretilla.

Oro

El sol, el viejo del atardecer, el rico por acumulación de grillos en jardines y baldíos, se aleja. Cielo digno de mi emoción y de la nochecita: cabe en una mirada y en unas pocas palabras. [78]

Balada

El fuerte sol de aquellas islas
se nos ofrece con su fuego,
su dorada ceniza, su recuerdo.

En San Vudú, Ciudad Trujillo
o en la Villa Batista de entonces, 5
amose una pareja un tiempo.

Eligieron un barrio policial
para dar siempre el mal ejemplo.
¿Huir? Huir no pudo Eurídice.

Y Orfeo, por aquellos años, 10
cantaba en cualquier sitio,
incluso en el infierno.

Mi trago

Ron de naufrago y mar de canción.
Quizá no sea muy original, pero
tampoco soy un sobreviviente
(quiero decir) profesional.

Itaipú

Ahora viene un joven que no sabe
cómo se hizo la represa.
viene a estudiar el río prisionero, [79]
el diseño, la roca, la construcción.
En este caso, la historia le interesa 5
porque el hombre pudo más que el río.
Más que las muchas boas de ciego
en el abrazo de sus remolinos.
Más que su irresistible,
divina fuerza resistida. 10
Un dios de agua y olvido;
un río, el Paraná,
apenas por un tiempo desviado

y alzado para siempre a nuevas alturas.
Ya vive el río lejos de la selva. 15
Y el joven mira lejos,
pero no puede oír una queja distante.
Además, nadie sabe
si ella viene de un hombre,
de un tapir, de un tucán. 20

Noticias
Se ahogó la luna
en su laguna.

Lloran los sapos
en otro charco.

Alguien tiritita 5
por pura rima.

En fin, que sea,
como Dios quiera, [80]

este naufragio
con obituario. 10

Vidas paralelas
Panípos era un músico de antaño,
famoso en su quizás arcádica ciudad,
que, para oír el canto de las sirenas,
llegó una tarde adonde es dulce el mar.
Mi vida, sin ser tan mítica, 5
es igualmente musical.

La gaviota invisible

Si llegas en el verano y al alba, la niebla es apenas un recuerdo de la noche anterior. En las primeras horas de la mañana, se prodiga la luz en el mar, golpean mejor las olas y emergen los techos de la tristeza sardinera. Son los techos en el aire (azul a ratos) de la gaviota invisible. Ave de factoría, ave de quienes; nunca la ven por estar mirando los pescados que limpian e hierven, hierven y enlatan.

Homenaje a Federico Fellini

Deja de flotar el sol, el atardecer se aleja siguiendo a un barco lleno de sombras. Deja de flotar el sol, alguien cierra los ojos y o rescata, alguien se ilumina por dentro con la llama de un naufragio. [81]

Pausa

En mínimas aceras,
en idénticos charcos,
perdida en el ruido
y afónica entre faros,
algo dice la lluvia. 5
¿Es tarde? No lo es
para escuchar un rato,
para seguir después.

Belleza de ayer

La puerta de calle tenía la magia de su número. Y el árbol frente a la puerta, en los días de viento dulce, soltaba un recuerdo de las Hespérides. Casa grande, alta, quizá muy honda. Casa vieja, el techo era una viñeta de otros años, de otros años era el patio enjardinado con un rosal. La frecuentaba mi admiración, aunque siempre de paso y desde la acera. Desapareció en mil novecientos ochenta y seis, la mató la fiebre edilicia.

Excusas

Si no comuniqué/comunicaba
como debí/debía en su momento
fue por usar un código de verbos
censurados tal vez con una barra. [82]

El jefe y supretoriano favorito

Día de huelga legal y pesca obligatoria.
Día mudo en la cadena de los días radiofónicos.
Jornada no palaciega,
el jefe visita la tumba de su pueblo.
A la salida de todos los años de juerga, 5
Tongo, viejo pretoriano,
aguarda en un bar de la mente.
Espera al jefe, no piensa mientras tanto.

Alfredo envejece

La efigie sustentada
por mil portaestandartes
pierde fuerza y color.
Los años atenúan
el rictus militante 5
y el gran perdonavidas
se muestra viejo al sol.

Rimas totalitarias
El único partido
político admitido.

El de la gente muda
y servicial, oscura.

Recordada en metáforas, 5
melopeas o anáforas. [83]

Vacancia
Triste escriba sin paga
al sol de un ditirambo.
(Faraón que abdicó
es Nilo embalsamado.)

Noche cantada en asunción después del golpe de la Candelaria
a Lorenzo Livieres Banks

Se fue Alfredo al exilio.
¿Cuántos muertos y heridos?
Junto a lápidas y periódicos
brotan políticos.
Asunción es la herencia del ausente, 5
siendo una inmensa
y apenas evitable sonrisa electoral.
Asunción es olvido.
(Perdón y olvido y bebetráfico.)
Es la misma mansión 10
de nadie en alquiler.
Es el mismo alquitrán, el mismo par
de mocasines empantanados
al pie de un muro con jazmines.
Sin embargo, una noche, 15
unos meses después del golpe,
hermosa, vehemente y desconocida,
una mujer dejó en el aire de una plaza
palabras que eran cifra
de mi canción y mi esperanza. 20 [84]
No he vuelto a verla.
No sé si es hoy edila o concejala
o simplemente miss. Me alejé,
la noche se perdía también en otras calles.
Al ritmo de mis pasos, el eco iba igualando 25

sincerísimas hurras y vítores venales.

Dos amigas

¿Qué fue de aquella vida
y qué de aquellos juegos? ¿Qué,
qué fue de la amistad de dos niñas?
Detrás de una mirada limpia,
después de una sonrisa puente 5
y más allá del estirón
(medido con un lápiz),
los días y las noches hicieron su trabajo.
Carmencita-florcita-para-suela-de-zapatos
y Teresa-maleza-yuyo-de-culebra 10
se casaron con dos hermanos.
Al caducar los plazos conyugales,
la primera quedó perfectamente viuda,
la segunda quedó viuda nomás.

Adagio

Un día entre los muchos días grises,
volviendo de quién sabe dónde,
pasé por unas calles tristes, tristísimas.
Puertas que nadie abría, [85]
ventanas contra un cielo abolido 5
y flores viejas a la vera de un bar.
Fue inútil ofrecerme entonces
a la musa del llanto.
Fue tan inútil que no pude
dar mi voz a una queja siquiera. 10
El amor, la pasión, la canción,
todo era de un violín invisible,
un violín allá lejos.
De mí sólo salían silencios.
De mí, con la esperanza de otros días. 15

Ceniza de catálogo

La oscura biblioteca insuficiente y pública,
previo trámite gótico de firma y rúbrica,
nos ofrece las páginas mejor conocidas
de autores ya difuntos y autoras fallecidas:
Neruda, Eluard, Claudel, Borges y Vinicius 5
de Moraes, Virginia Woolf y Ted Licius.
Recuérdalos ahora, si vienes a leer

a Marcos Sanjurjo

con un poco de duda y otro poco de fe.

Changas

Entre pares apenas, entre canes
geófagos, huesudos, periféricos,
más, más gente del mundo perro
asciende a la ciudad pan. [86]

Y todo a cambio de una changa 5
diaria en el muy poblado asfalto.

Asfalto con ribetes y rubores
y visos y borrones
de realidad y cuenta nueva.

Imágenes africanas vía satélite

Estricta jovencita
muerta después de larga inanición.
Y nadie mira al cielo.
Uncido al yugo de su esperanza,
arando va la tierra estéril 5
el padre de aquella muchacha.
O su hermano mayor.
O su tío por parte de madre.
Gente saharizada, sahélica,
trueca penas endémicas 10
por pronto olvido y fosa común.
Yo no olvido, yo rimo contra el olvido.

Tierra cansada de fotógrafos

Siempre el mismo lapacho en flor, el mismo
caminito de tierra colorada.
Siempre el mismo rostro indígena según el
mismo artesano de la imagen.
Siempre el mismo ángulo para los techos con 5
palomas. [87]
Siempre los mismos inundados por la crecida
del río,
Siempre en blanco y negro cuando la vida
tiene color, siempre multicolor 10
cuando la vida es en blanco y negro.

Elsa

Era una hormiga del contrabando hormiga.
Vivía mimetizada, vivía en el puerto que lleva su nombre.
Creía en la Virgen y en las promesas que se pagan el 8 de
diciembre.
Creía, rezaba. 5
Envejeció en paz, vivió entonces del trabajo de su
descendencia.
Murió de muerte pacífica, quizá natural.

En la frontera
El río y los gendarmes a la vista.
Papeles, más papeles.
Frontera lenta, como siempre.
Saluda una mujer de pueblo
a un viejo camionero del éxodo. 5
¿Angélica? Tal vez María.
María machucada por el folclor
o por las circunstancias.
Cierro los ojos,
quiero saber si todavía recuerdo 10
el rostro, el cuello, el busto,
la estatura y el peso aproximado [88]
de esta mujer que apenas conozco,
de esta hipotética y peregrina
María. No quisiera olvidarla; 15
mía es también la vida que me rodea
sin insistir en mí. [89]

Adiós a la cigarra
(1997)

Rústicos verdes humildes,
por menudos pies pisados.
Manuel Altolaguirre [90] [91]

Este libro tiene un poco de muchas cosas: ciudad, campo, medios de comunicación,
geografía, sentimiento, pensamiento, pintura, poesía, amor y nostalgia

El mundo de aquel joven
Un pájaro, una nube, caballos, la llanura,
el aire de la aurora y un temblor de hojas.
Y una palabra antigua, terrible: rebelión.
Y un amor más que peligroso, el primer amor.
Al otro lado de las vías del tren sin tren, 5
amanece y comienza de nuevo la aventura.
El sol, ahora solidario, pasa una cuerda

y el joven sube, sale del pozo de su noche,
honda noche vivida con temor y esperanza.

Los arrancados

La luna vuelve con un parpadeo.
Los techos aparecen después,
cuando el recuerdo abre los ojos,
las ventanas, las puertas.
Son unas casas, se diría, para tropezar 5
y demorarse y conversar con ellas.
¿Dónde estuvieron? En sí mismas,
como caídas en silencio,
como abatidas. Se van incorporando
y ya conversan: casas corpóreas, 10 [92]
hogares mínimos, pensiones baratísimas,
sótanos novelables, inolvidables áticos,
Lugares con un poco de historia.
Casas que dicen sí, fue aquí,
de aquí los arrancaron en la noche. 15
Hace tiempo, que es como hace en estos casos.
Y cada año hace un año más.

Un árbol

El sauce es apenas un árbol, pero llora
como lloran las dríades, las náyades,
los elfos en el viento, en el río
y en los desmemoriados días de quien pasa
sin pensar que su amor es pasajero. 5

Ceremonia

Y bien, amigos míos,
la diplomacia sobrevive.
Esa palmera asfáltica,
embajadora del desierto,
anuncia con un poco de viento 5
la lenta llegada de su emir.
De su líder, quise decir.
Alguna vez vendrá el desierto
y de arena serán las mortajas.
El enigma persiste. 10
¿Serán de plata las estrellas
o de luz, como siempre? [93]

Tendencias

En la ventana, marco de la luna
que es casi un abanico en este cuadro,
se encienden las estrellas,
se lee algún presagio.
Apenas participo de tan etéreo evento, 5
no quiero astrología, quiero calle,
quiero saber adónde va la gente,
hago como quien dice una encuesta.
Y pregunto a la gente nocturna,
noctámbula, noctívaga, 10
nochera y también trasnochadora
en Asunción, ciudad muy mal iluminada.
Pregunto a un periodista,
a un erudito desahuciado,
a una crisálida bisexual. 15
El polibandi es parte de mi encuesta.
El bandi es arte y parte.
Hierva la sangre en una narcofritanga,
en un bar, en el bus-bus de la omniterminal.
¿Y después qué? ¿Después dónde? 20
De niño y aun de joven, creía yo que la noche
era el hogar de todos los sueños
y de todas las esperanzas.
Ahora me contento con menos,
tengo bastante con saber las tendencias. 25 [94]

Asociación nocturna

Terraza, piano, nube.
En alguna ocasión, álbum.
Otras veces, rueda
o moneda o ficha de ruleta.
Cosas simples, frecuentes, 5
que nos recuerdan a la luna
de la Ceca a la Meca,
de la timba a la tumba.

Sobre el origen periodístico de algunos poemas

Abre un hombre el periódico del lunes
y se emociona con una página,
con un epígrafe, con el gran gol de la noticia,
con el arquero tirado al frente,
tirado inútilmente frente a la cámara. 5
Como busca ese hombre una imagen
que rescate su ayer dominguero y deportivo

en el diario del lunes, busco yo la palabra
que pueda rescatar algún instante de poesía
entre tantos instantes de cualquier otra cosa. 10
Y por eso también la busco en el diario,
el olvidado diario nuestro de cada día.
La busco en un crucigrama
y en una nota sobre jardines.
Llevado por Eclesiastés, a través 15
del denso suplemento social,
la busco en una página bailable. [95]
(Lector agradecido soy, se me advierte
que será vanidad de vanidades
la vida clúbica con debutantes.) 20
La busco en los anuncios
de no avara dicción aunque esquemáticos,
y en una columna borrosa, y en otra
ensangrentada por la guerra
o por una pandilla, la busco 25
en una historieta cuyo héroe dice pst.

Paul Gauguin, por ejemplo
Pintor del paraíso terrenal.
Además, gran contestatario.
Nunca pudieron coronarlo
con un casco de corcho colonial.

Pinceles
Pintura, no retórica ni ciencia.
Colores y no hipérbole con neuma.
Perdón, sí, te agradezco la paciencia.

Y disculpa también a Quiasmo y Zeugma,
admirables pintores académicos. 5
Lo inhibe a uno el tedio, a otro el reuma. [96]

Hablemos de un pintor acaso edénico.
Gauguin, para pintar el paraíso,
lloraba sangre y consumía arsénico.

(Amigo de Gauguin, el insumiso 10
Vincent pintaba, ya desorejado
de un navajazo muy Van Gogh, preciso.)

Atardecer

a Lucy Yegros

En los países del calor sin mar
y de la fe con romería, diciembre
suele pintarse con pigmentos
de homilía. Dejemos que el pincel
navigue como pueda, vivamos 5
otro lento naufragio del sol
en un vaso de whisky con hielo.
La luz desciende de una nube,
de una estela, de un cielo parecido
al techo inexistente de los patios. 10
Es luz, es música y es bálsamo.

Sentimiento del circo

Es el primer domingo de abril,
aunque bien puede ser el último
de los cuatro domingos de marzo.
Este entuerto dominical [97]
no me acorta el descanso 5
ni me priva de la acaramelada tristeza
propia de los domingos profanos.
Y la tarde me lleva al circo;
me deja entre las duras,
oscuramente cómicas trompetas; 10
me acerca a los timbales del suspenso.
Miro el trapecio y veo mi ninguna red abajo.
Es verdad que la red aparece luego,
cuando acaba su breve número
circense el sentimiento. 15

Catarsis

Si es que la sed compite
con el buen apetito
y es Doña Teletonta
quien nos hace el servicio;
si es así, te lo digo, 5
será mejor que apague
el fuego y la tevé.
Ni atisbos de banquete
quiero en tal circunstancia.
Me desconecto, basta, 10
los medios ya cumplieron
su misión, el mensaje
ha llegado a destino.
Y yo, yo no sé nada.

No, no sé si beber, 15
si comer, si reír,
si dormir, si esperar, [98]
con el alma en un hilo,
que las cosas mejoren,
si entregarme al silencio 20
o ponerme a cantar.
Y tira, tira el canto.
El canto es formidable
recurso contra el caos.
Es purificación. 25
Es entretenimiento.
Es también, también es
invitación al ripio
o ripio a toda vela.
Es, entonces, distancia. 30
Es aire aligerado.
Es un gorrión, un tero.
Es otro pitogüé,
que la Academia ignora
o llama benteveo. 35
Yo canto, por catarsis,
a pájaros que cantan
por puro amor al cielo.

Leguas

Un enrubiado y ceniciento
techo de paja al sol
me dice que estoy cerca.
Con su alargado canto austero,
me lo repite un tero. 5
Ya cae el sol.
No sé cuánto camino me queda [99]
y en verdad poco importa;
estar cerca no es un destino,
es una sensación. 10

Tonada

Se veía venir, yo lo sabía por la luna,
pedagoga nocturna, maestra de luciérnagas.
Yo lo sabía por una flor en el camino.
Por esa flor que te conoce, mi amor,
que conoce tus pasos, tus sandalias, 5
el roce de un tobillo. Se veía venir,
yo lo sabía por el viento, por el fuego,

por el rubí que brilla en una copa de vino,
por un rincón oscuro, por la noche.
Y por tu blusa, imán para mis dedos 10
tan desabotonadoramente tuyos.

Invierno delicado

La fina escarcha que la aurora teje
en Itauguá, en Itá o en Yaguarón,
y deja entonces a la vera del camino,
tal otra artesanía sin valor,
es una manta para pocas horas. 5
Y la mañana es todavía fresca,
al mediodía da su golpe el sol.
Más allá del tinglado más reciente
y del taller mecánico que suelta,
si acaso, un tentempié a su gente, 10 [100]
comienza un pastizal, el frío vuelve.
Y el frío llega con la tarde.
Como si nunca hubiera visto el pasto
con un ranchito intruso y un ternero,
acampa el fuego. 15

Canciones anteriores a una boda o el valle de la caña dulce en el Paraguay

- 1 -

Villa Vieja

Han pasado los años
y, suburbanizándose al sol
con las últimas casas visitadas
por una vaca cerca de algún tambo,
bucólico no es, pero da gracias 5
el ya laureado poeta lugareño.
Gracias da por el pan,
por el vino, por el perejil
que bien verdea el río de la mesa,
y muchas gracias por la siesta, 10
el siempre oculto nido de la tarde.
Llega la tardecita, trae sombras.
Trae la melodía de costumbre
a la ciudad pequeña cada vez más oscura
con su teatro vacío, su tienda sin surtido, 15
su club de ausentes y de naipes. [101]
Llega la tardecita,
levanta el viento el polvo del camino.
Villa Viajera, Villa Olvidada, Villa Vieja.
Hay un poco de luz. 20

El sastre plancha un traje.
El médico rural se ruraliza.
El farmacéutico apolíneo
se adueña de la dueña del hotel.
El joven ideal y el ideal joven 25
se reconocen, se saludan.
Un niño duerme en brazos de su madre.
Duerme profundamente, duerme como quien amó.

- 2 -

Correspondencia

La plaza era un baldío con una calesita
entre verdes vestigios de arboleda o de quinta.
Ahí, después de algunos meses,
después de algunas cartas quizá breves
y siempre con dibujos y promesas, 5
ella y él se encontraron.
Fue la noche final de aquellas cartas.
Con un beso, con una bendita lágrima,
se podía leer en el cielo
y la luna era casi caligráfica. 10 [102]

- 3 -

Brindis

Amigo, bebe un trago conmigo,
y otro más, aunque sea
en este caso un pleonasma.
Ahora, como dice Virgilio,
cantemos algo más elevado. 5

- 4 -

Epitalamio

Oirán los dos un canto
puntual, inevitable:
gorriones de jardín
donde es jardín un patio.

Ahí mismo, el desayuno 5
al iniciar el día,
que habrá de concluir
con una cena juntos.

Serán ambos, un rato,
un deseo en dos cuerpos; 10

la noche reproduce
el barro originario.

¿Un tanto primitivos?
Pactar esta rutina [103]
es como abrir la puerta 15
de un verde paraíso.

¡Qué ramito!
Bellas flores carnívoras
del jardín en la mesa.
Eran tres, y rollizas.
Eran también opíparas.

Anécdota de la costa
Una noche de tragos y de luna escondida
en la costa central del siempre cálido Brasil,
la brisa acariciaba y desaparecía,
Una mujer pisó la arena entonces,
iba cubierta sólo por una toalla 5
y los senos miraban a la gente
como si devolvieran una mirada cortés.
A la vera del mar pasaba una ambulancia.
Pasaban pirañitas de la calle.
Pasaban chupanoches, 10
comepanchos y chupanoches.

Improvisación

a Raquel Chaves

Una actriz, sospechosamente madura,
coincide con el esplendor del verano. [104]
¿Y por qué el esplendor? ¿Eh?
¿No puede ser el fin del verano?
Puede, sí, pero la verdad y lo verosímil 5
no congenian en esta comedia.
Resignada, la actriz improvisa
bajo el cielo tan irreal del teatro.
Clava los ojos en una butaca vacía,
en un rostro de cera, 10
en un palco antipático, suspira
y termina diciendo adiós a la invisible,
ya inaudible cigarra compañera,

El desembarco

Depuesto al modo pretoriano,
pif-paf, el ex
exige su restauración
e insiste, insiste en Nueva York,
negocia, grita, acepta 5
acuerdos con bloqueo y escasez,
escuadra y tiburón destripanáufragos.
¿Cuándo, cuándo será el desembarco?
Radioadicto confeso, puntual televidente
del noticiero contundente, lo sabré 10
sin duda gracias a otro medio
de comunicación transparente.
Mientras espero, pienso en ella,
isla pequeña y triste,
pequeña hermana de la mala suerte. 15
Así, desde la más remota infancia,
desde la curia con dedeté, [105]
con Papacito Doc
o con Tía Unicef.
Y luego ese tipo: Cedrás, Raúl. 20
Y el electo depuesto.
Y las cebollas que no alcanzan
para la sopa de cebollas y vudú.

Verde pradera interminable

La quieren los labriegos sin tierra.
La regatea un gran terrateniente.
La ficha un hi de pu en un ministerio.
La sobrevuela un cuervo.
Mirándola, recuerdo estas palabras 5
y al tirano que ayer las decía:
«La tierra es buena, el hombre es bueno.»

El sueño americano

Tierra del cactus y el desempleo juntos,
donde se sueña en español,
lengua onírica si las hay,
el sueño americano de una América lírica.
Y no iremos más lejos, por ahora, 5
de una calleja que cualquiera imagina
con ayuda del sol. En una de esas casas
despierta el alba a un hombre,
a su mujer y al muy menor de sus dos hijos.
Precisamente, entonces, el mayor, 10

veinteañero y con unos dólares, [106]
clandestino, a Los Ángeles viaja.
Evita el paso de Tijuana,
por algo ha de rimar con mariguana,
y sigue siempre al norte, al norte siempre. 15

A un gordo, sinceramente
Acepta mi consejo,
di no a las francachelas,
no serás Pantagruel.
Y Sísifo no fueras,
llevando una cuchara 5
en lugar de su piedra.

El mundo según Jacinto Rivero
Casitas humilladas
que el silencio congrega.
Un perro del tamaño
de un cachorro de sombra.
Un cocotero escuálido 5
con el buey de un arado.
Un político, un vándalo,
manchas como personas.
En suma, un mundo, un mundo
para ver en grabados 10
y pensar en Jacinto
Rivero, grabador, [107]
que es historia y es arte,
que nació, que murió,
que grabó en la madera 15
madre de este papel
entintado en paisajes,
en campos, bueyes, gente.
Me vuelvo observador
y ya encuentro una nube 20
que ahí voy señalando
por hábito de dedo,
por azar de costumbre.
Una nube armoniosa,
hermosa, solitaria, 25
grabada sobre un techo.

Buena estampa
Monógama, feliz y maternal con críos,

cruza la calle y entra en este recuerdo
con el sol en una canasta,
con zanahorias, con rabanitos
y con yuyitos para la salud en general. 5

Nocturno con un tema de Poe
¿Un crimen? No tanto, pero más
de la mitad de un crimen fuera
rasgar el silencio de la noche
aun con un laúd. [108]

Aventura

En un país de bosques, en un pueblo de cántaros,
el sol jugaba con los árboles
y las mujeres eran numerosamente dulces.
Permíteme la ociosa pregunta de quien sabe
esperar no esperando una respuesta. 5
¿Hubo alguna vez algo que no fuera nostalgia?
Cabe la duda porque había cosas que...
Había tren y barco y puerto y yacaré
y canoas, cerveza negra, chalecos, pólvora.
¿Y qué más? La memoria es oscura, 10
pero el cielo recuerda y resplandece.
Las hojas caen, el verano muere
más cerca del otoño, naturalmente,
que de otra derrumbada primavera.

[109]

Pitogüé

y otras hojas del cancionero, ofrecidas con el retrato de un músico, la concesión de una
sombra y el adiós a un ángel

(1999)

nuevo,

Ya no me importa ser

ser viejo ni estar pasado.
Lo que me importa es la vida
que se me va en cada canto.
Rafael Alberti [110] [111]

Pitogüé

Yo te canté, pitogüé,
y quisiera seguir haciéndolo.

Yo te canté sin traductor, sin benteveo español.
(Regional, el guaraní de las aves
nos da un poco de aire para que vuele tu nombre.) 5
Canté la rama donde cantas,
el borde de la canaleta donde cantas,
el techo de la casa donde siembras
tu siempre tan hogareño canto.
Y la mano, canté la mano de la mujer que acaricia 10
su vientre
cuando le anuncias que muy pronto será madre.
Así, así será, porque sabes
a quién le anuncias nacimientos
y a quién, para mirar al cielo, 15
le abres caminitos en el aire.

Villalejos

Aunque la leña se ha vuelto escasa y las manos vendedoras de carbón vegetal se han ido, sigue el fuego en las cocinas de leña y en las de carbón. Este dato ya permite imaginar las casas y las calles y, francamente, no deseo apartar a nadie de los caminos de su propia imaginación. Diré tan sólo que un rato sopla el viento y un rato habla en sueños la brisa.
[112]

Testimonio

El techo roba cielo
a los ojos que miran a un árbol.
Y la pared es todavía blanca.
Y la ventana es el apoyacodos de una sombra.
Grabo, sigo grabando la casa 5
en la madera del grabado,
en el papel del poema,
en los días y en más de una noche eterna.
Quiero dejar el testimonio de un tiempo íntimo
y a la vez escondido: 10
el puro atisbo de una casa,
un árbol, una sombra.

Aceptación

Entre las sombras de su cuarto y el silencio de su calle, la ventana acepta unos labios contra el vidrio. Acepta un pezón erecto, una mejilla pálida. Acepta unas flores y ofrece el susurro de una blusa.

Encantamiento para enamorados

Labios a los que va cerrando la telepatía,

sabroso encuentran el último beso de la noche:
«Que duermas bien, mi amor».
Y duerme el amor.
Mil años después, ¿un jueves?, despiertan los enamorados 5
y descubren que el rumbo no es más viejo ni más joven. [113]
Las nubes son las mismas
y la ventana tiene pájaros en un árbol.

La bella Inés
Ah, belleza de ayer.
De un ayer más que arcaico,
un anteayer de ayer.
Ella, la bella Inés,
era delgada entonces, 5
tentadora también.
Yo me cuento entre quienes
admiraban su cuerpo.
Ese cuello, esos labios.
Y el andar, el meneo, 10
el sensual taconeo
que invitaba a seguirla,
con los ojos siquiera,
en reuniones, en fiestas.
¿Qué pasó? ¿Se casó? 15
¿Divorciose? ¿Sí? ¿No?
No es jamona ya viuda
ni abuelita feliz.
No es mujer de un simposio,
sino miss, siempre miss. 20
No la enreda este tiempo
lineal, vulgar, sin gracia.
Vive un tiempo redondo.
No se sabe muy bien
si es redondo y oscuro 25
o claro y circular,
si ha venido a quedarse [114]
o a llevarla con él.
Por de pronto, da vueltas;
es un tiempo y un trompo, 30
un violín, otro vals.
Y ella, ágil y bella,
bella de ayer, de siempre,
busca un punto de apoyo
en el hoy transitorio. 35
No un bastón, desde luego.
Un quitasol, quizás.

¿No la ves elegante?
Yo la veo anacrónica,
amable y anacrónica, 40
paseandera, jovial,
con sus finas maneras
o sus buenos modales,
su gimnasia, su dieta
y su higiene mental. 45

Lugarameno

Oír, oír a un pájaro, al viento,
a un arroyito dulcemente siestero,
dispuesto a largas confidencias.
Árbol y sombra para dormir un rato.
Flores azules en la siesta. 5
Y ternero manchado y toro blanco
e hierba, sol, el mu de muchas vacas. [115]

Confesión de una sombra

Años llevo de amar a los árboles. Además, soy bucólico todas las veces que puedo. En otro tiempo, imaginé una égloga en la cual una ninfa era libre de irse con quien ella quisiera y no precisamente con el pastor impuesto por la tradición, la rima o las circunstancias. Amar a los árboles, creer en una vida libre. Sé que no tiene mucho sentido relacionar la libertad con los árboles, excepto por aquello de la vida al aire libre. Sé que tampoco sirve de mucho dejar el campo a cambio de unos días deshojados en un parque, una plaza, un patio. Cuando la ciudad era más aldeana, el campo quedaba cerca y en el camino se veían huellas pequeñas y oscuras, de perro; más grandes, de caballo, de mula o de burro; se veían surcos de carro, de carreta, y hondas pisadas de buey. Seguía yo el camino hasta llegar a una llanura donde todo era pasto y lejanía. Nunca entré en ella. Ahí, junto con la frescura de un árbol, el paraje ofrecía un agua dulce a mi fatiga, bien que no a mi sed. A la vera de aquel arroyo, solía yo sentarme, tenderme. Si alguien aparecía, nos decíamos unas palabras y luego cada cual regresaba, naturalmente, a su silencio. Era un lugar propicio para el silencio del que se nutren, aún hoy, casi todos mis recuerdos de la vida que duerme en el paisaje. A la vuelta, se demoraba en mí la tarde y se perdía, fuera de mí, el solitario atardecer. Quien ahora te habla era entonces una prolongación pedestre de aquel arroyo.

El amor y el mal tiempo

Bajo tantas y tantas hojas caídas
no se te ven los pies ahora.
Haré luego el elogio de las hojas [116]
que arremolina el viento cada vez con más fuerza.
Acéptame estos versos, mientras tanto. 5
Celebran un sendero entre los árboles
y tu talle ceñido por mis manos

y el calor de un instante y tu voz
y esa manera de callarte como si fueras
a responderle con un suspiro a la tormenta. 10

Tareas tan inútiles como la poesía
El río crece, el tiempo no ayuda.
Rema, rema la luz bajo la lluvia.
Que me perdone quien se sienta herido,
los inundados son del río, de nadie más.
Clavan techitos de multiflex, 5
de flexipor, paredes
de un más que servicial cartón
o se dan por entero a otras tareas
que de por sí tampoco arreglan nada.
Y justo cuando nada se arregla, 10
cuando la noche habla de tregua
y enciende su esperanza, su lámpara
de veinticinco vatios gratuitos
en un barcito de morondanga,
se vive un apagón, se oculta el río, 15
se oculta la ciudad que ocupa el río. [117]

Breve historia de amor

El primer milagro es vivir, el segundo es tener de qué vivir. Y la nena se recibió de maestra, pero no tiene escuela ni grado ni promesa siquiera. Difícil magisterio, lo dejaría de lado. Sin embargo, lo deja simplemente por algún tiempo. Se vuelve entonces animadora de fiestas infantiles y programas afines. ¡Y cómo se enamora del payaso con el que hace un dúo! Pronto tienen un niño propio, ya no dependen de la alegría ajena.

Nana

niño de pecho al pecho
una blandura de mujer una dulzura de voz
una senda igualmente femenina
techos y una ventana abierta y clavos y copas
una tetera con su rayo de luna 5
una canción de cuna

Desde el tejado

Mira el gato a su estrella
caída en el jardín: sorpresa.

La noche

Cincuentón, pronto sexagenario,
sin prisa, sin tugurio a modo de oficina,
dejo hablar a los años en Arcadia. [118]
Al viento dejo hablar,
dejo hablar a la noche donde quiera 5
mi temblorosa estrella
que algo también en mí se estremezca.
La noche pide pan, pide vino.
Pide más, pide un pedacito de muslo
y sienes pétalos y pezones flores. 10
Quiere el cielo y la tierra.
Quiere constelaciones.
Quiere la flor del sexo, la pide
con la orquídea que sirve de rima y nexo.
Y el amor la confunde como siempre. 15
Y el amor la ilumina con un beso.

Luciérnaga

La sed en un vaso,
el vaso en la mesa.
La ropa en un clavo,
el clavo en la puerta.
Con nubes, la luna; 5
la ventana abierta.
Y tú, vagabunda.

Vagabunda

Muéstrate más, no seas intratable,
luciérnaga flamígera y versátil.
La luna sólo muestra sus arrugas,
que son pocas, en la ventana rota. [119]

La luna en la ventana

Esa nube tan grande, tan lenta,
tan enemiga de la luna, pasa.
Ella, la que creíamos perdida, nos mira.
Súbita, simple, sencillísima luna
redondamente recobrada. 5
Tiene la altura de un tejado,
la brisa, el sueño
y la florida sombra de un árbol,
sombra que viene a ser
como la primavera de la noche 10
en una casa de las afueras.

La casa rima con el árbol.
El viento rima con las hojas,
las flores y la sombra.
La calle grita chúbale a su perro. 15
Permíteme cerrar los oídos a la calle
y decir «No, señor» al papel en blanco
que espera algún ladrido en lugar de un verso.
La luna encuentra su lugar en la ventana
y flota, sólo flota. 20
No sé por cuánto tiempo aún,
mañana es hoy palabra dudosa,
Nadie dice mañana. Yo lo hago
porque hablamos ahora de una ilusión,
una esperanza, incluso un arte. 25
Flotar, flotar es arte de náufragos. [120]

A la inalcanzable, para que se apiade de su enamorado
Y por saber de ti, de tu belleza,
si no desnuda como se creyera,
descalza en esta tibia primavera
que canta en ti con gran delicadeza,

senderos él conoce. Con dureza, 5
muchos trechos también. Y en larga espera,
por verte un día como ayer te viera,
ambigua vuélvese cualquier certeza

menos una: seguir, seguirte, bella
de las cuatro estaciones y del año 10
entero que su marcha no repite.

Desata en él la tarde algún regaño
por tanto desencuentro. Que tu estrella
lo guíe, se va el sol y lo permite.

Adiós a un ángel

El viento, los pájaros, una serena indiferencia, algún escaso y no molesto interés en las cosas del futuro, todo contribuyó en su ocasión a que me gustara un pueblo adormecido, viejo y polvoriento que, a causa del trazado de una ruta, quedó fuera de lo que los organizadores de excursiones llaman El Circuito de Oro. Permanecí en él menos de mes y medio; sentí pena cuando me vi en son de dejarlo, tiraba de mí cierto afecto a ese lugar. Una tarde -ya no podía seguir en el pueblo- decidí caminar la legua que me separaba [121] de una de las localidades favorecidas por El Circuito de Oro. Detuve la marcha frente al camposanto; enterraban a un angelito. Recordé que en las poblaciones de estirpe campesina

era una costumbre decirles adiós. Además, según los transmisores de tal costumbre, ese adiós habría de traer buena suerte a quien lo dijera.

Me uní al cortejo. Antes de hacerlo, dejé en la entrada del camposanto un morral que tenía el aspecto de un bolso deportivo. Dije que lo dejé en la entrada, y, en realidad, no me expresé correctamente: no había entrada, todo era verde, todo era sombra. Un árbol separaba una tumba de otra, una casa separaba un árbol de una vaca y el horizonte no separaba la tierra del cielo porque, dondequiera que yo mirase no había horizonte sino rapsodia del viento, flauta invisible, melodía entre árboles y tumbas.

Fiel a la tradición, y aun más fiel a su creencia en el reino de la vida eterna, la madre del angelito no lloraba. Acaso traiga buena suerte, pensé, decir adiós a quien se va sin dejar lágrimas en las mejillas de su madre. Los del cortejo decían unas oraciones o lo que de ellas, en tal trance, les venía a la memoria y, así, a la voz del padre y a la de la madre seguían las voces de unos deudos y vecinos. Una de las almas piadosas ahí orantes, concluyendo su plegaria, se acercó y me preguntó si no quería yo tocar el ataúd.

-Trae buena suerte -le oí decir antes de que volviera a su sitio.

No toqué la madera sagrada. Acaso, supuse, ya traiga buena suerte decir adiós para mis adentros. Y el angelito se iba. Quizá le cerró los ojos la diestra del Señor. Quizá no; quizá la humana mano que le cerró los ojos se apresuró en cerrarlos y, negligente inocente, dejó sin la luz de un niño los ojos de un ángel. [122]

En estas conjeturas me demoraba mientras el ataúd descendía, mientras los ojos del padre y los de la madre se llenaban de tierra, de cielo y de resignación. Fui el primero en alejarme. Busqué el bolso que había dejado sobre la hierba y seguí mi camino. Tras de mí, el cortejo se deshizo en silencio, en calma, en paz.

Ciudad de los naranjos y las flores, mil novecientos cincuenta y tantos

En la mañana perezosamente cálida,
hermosa, luminosa, inocente,
cantaba un ciego su cantar de gesta.
El viento lo dejó en la plaza,
a pasitos del tren y de una fonda. 5
El viento, amigo de rapsodas y de flores.
En todo caso, entonces, respirábamos
flores y, un poco del vapor de una locomotora.
Los años vuelven irreal cualquier imagen.
Para muchos, no hay sino días iguales. 10
Para mí, la memoria es hermana del olvido.

Ciudad natal del poeta

Descalza y de sombrero.
De tren, telégrafo y correo.
Pequeña, liberal y farmacéutica. [123]

La edad de oro

Un día pasa un pájaro, canta
como si nunca hubiera visto un árbol,
nunca una sombra, nunca las frutas
que ofrecen su sabor al viento.
Queda en el aire un aleteo, 5
un recuerdo del cielo, después nada.
Aunque lo intento, y mucho,
no puedo separar la sombra del árbol;
el viento, de aquel pájaro;
la pared para dejar la bicicleta, 10
del resto de la casa donde pasé el verano
que vagamente nombro aquí en la historia
(mejor, anécdota) de unas alas.
Y aquel pájaro canta
como si nunca hubiera visto un árbol, 15
nunca una sombra, nunca las frutas
que ofrecen su sabor al viento.

Observaciones de un marinero de agua dulce que se hizo a la mar

- 1 -

Reflejos en el agua tranquila

Y después de una mueca, frente a manchas de aceite,
Narciso, defraudado, se encuentra con el cielo.
Sobre el agua tranquila de la tarde y, los peces,
cantan aves de paso, de estuario y de astillero. [124]

- 2 -

El barco y los límites de mi voluntad
La brújula no engaña, vamos a Rotterdam.
Bueno, pero preferiría Bilbao
o Veracruz o Santos o Yokohama.
Qué pena que no pueda yo tomar el mando,
seguir el rumbo que me dé la gana. 5

- 3 -

Cuaderno de bitácora
A veces, cuando estamos cansados del agua,
del viento y de las nubes,
se nos cruza la rata que subió al barco.
Es el mejor recuerdo de la tierra lejos
para mamíferos de quilla y hueso. 5
Y sus ojos insisten en una confidencia.
Y te mira, no puedes darle con un palo.

No vemos a la rata entonces,
se nos viene la imagen polvorienta
de un taller, un baldío, un patio. 10
Sigue la travesía
con un poco de tierra en los ojos. [125]

- 4 -

Tormenta

Un relámpago nos dibuja la rama de un árbol.
La lluvia nos recuerda
a las hojas que apenas la sostienen.
Y la costa no queda lejos, pero quién sabe.
Oscuramente navegamos, como sombras 5
que un destello destierra y otro sueño restaura.

El proyecto

Se acerca el líder a la cinta,
a desatarla con aplausos.
La escena se repite y filma,
sin compasión, hasta el hartazgo.
Cae una lluvia mansa, mínima, 5
subtropical, enteramente transparente.
Y con la fina y gris mañana de estos versos
tres décadas pasaron, diluidas
en Asunción y el resto del país.
El proyecto era el mapa, todo el mapa. 10
Y planos, noticieros, números;
un boceto de trazo siempre presidencial
y estilo propio, nada versallesco.
Tenía el líder sus ideas, sus apuntes.
Los amanuenses acudían a servirlo 15
convertidos en secretarios;
los secretarios, en arquitectos.
Civilidad, también ladrillos. [126]
El civil era el soldadito,
la soldadesca era el partido. 20

Tierra para el siguiente

Cuesta abajo, la senda
no parece la misma
que sube por el suave
verdor de la colina.
Un sauce plañidero, 5

venal y paisajístico,
flores al uso, pinos
probablemente atípicos.
Capo di tutti i capi,
el difunto en su limbo. 10

Fidelísimo retrato de un ujier del purgatorio

Así, tal cual lo pinto.
Desesperado siempre.
Endemoniadamente
caótico, cautivo
de su vodka, de un whisky, 5
de tabletas y anexos,
prescripciones, dragones.
Lengua para mostaza,
tripa para pimienta.
Y, si es macho con súcubo, 10
es ícubo con hembra. [127]

El sol y la poesía de la gente humilde

Y una mañana los pasos saben adonde te llevan, poeta, tú sólo te dejas llevar y al endurecido corazón te lo pesca una red de callejas y pasajes. Hay una puerta que tu mano no alcanza, un techo que el viento no pisa, un instante de río, canastas, anzuelos, carnadas. Y nada más, pero el sol suelta el fulgor que guarda para la gente humilde, para el cuchillo que corta una sandía, para el dedal que deja el dedo de la madre y pasa al dedo de la hija como el anticipo de una herencia.

Una visión del mundo

No hay lo que no hay habiendo un plato de lata esmaltada con arroz y entrañas de ave, un jarro de lo mismo con leche cuajada de rocío, una estrella en la noche, la luna en un sentimiento. Y muchas alcancías de barro para romper. Y una mujer, a quien mejor que su nombre propio le sienta un apodo cariñoso.

Antiguo paisaje industrial

La Luna, Fábrica de Velas.
El Potro, Fábrica de Cerillas.
Reclus, Fábrica de Caramelos.
También alguna chimenea.
También algunos delantales 5
azules en la noche obrera,
descascaradamente obrera. [128]

Sombra y flores

a Fátima Mereles

Verde paraje apenas poblado:
ese almacén es todavía el campo;
el camino es de tierra y paciencia;
el viento es manso, fresco,
es una verdadera gracia del cielo 5
como sin duda lo son estos árboles
y el mes en el que sueltan sus flores.
Octubre, al pie del tarumá.
Antes, algún lapacho.
No, no olvido al jacarandá 10
de rima obligatoria y flor tan divina
que no rima con nada ni con nadie.
No dejaré de lado al árbol del pitogüé,
tampoco al palo
borracho entre las nubes que dicen ser sus flores. 15
Y bueno, no seré botánico, pero canto
a un Paraguay de pétalos,
de pétalos y sombra dulce para esperar un rato,
para secar el llanto, para seguir andando.

El olvidado en la frontera
Lo iban deshojando
ya sin amor los días.

Iba quedándose,
como quien dice, seco, [129]

sin agua, derramando 5
la sombra de su propia sed.

Entonces, bajo el cielo,
aquel primer encuentro.

Eras la garza y eras
el río del atardecer. 10

Lección de pintura
Ignorante del brazo,
del antebrazo y codo,
mano tan pura, al óleo.

Dulce, dócil, sumisa,
sosteniendo una fruta, 5

bajo la luz dormida.

Preparación del lunes

Domingo, tus horas ya fueron.
De aquí en adelante, serán preparación del lunes.
Serán engrudo de fotografía, tema de artículo para
seguir aburriendo a los lectores.
Aún quedan tus mujeres, a quienes el viento amó 5
mejor que nadie.
Aún quedan unos minutos para saber qué pasó contigo.
La calle tiene amagos de respuesta, susurros.
La calle y una lágrima de paso, la calle y el hombre
que sale de tu ceniza. 10 [130]
La calle renuncia, el poeta abdica.
Y un grillo canta en la ventana.
Y una nube corona a un mar de baldíos.
Y un sapo del atardecer encuentra más mosquitos.

La plaza

a Susana Gertopan

La tarde te conoce mejor que yo.
Me conoce mejor que tú,
y nos junta, ya somos miles,
millones en el mundo.
Mundo instantáneo que nos da una identidad momentánea; 5
somos la gente de la plaza en la tarde del mundo.
La plaza, con sus cuatro calles como cuatro paredes,
termina siendo el patio de la ciudad.
Y el niño que llora inatajablemente.
Y el anciano que sonrío para no pensar. 10
Es la estatua que nunca dice nada.
Es la pareja que aún se ama.
Es el viento, amable a ratos.
Arriba el cielo, abajo un árbol.
Y la tarde, diciéndonos que no se va. 15
O que no quiere irse, que no es lo mismo.

La plaza en los años de Tobías

Para Tobías, viejo fotógrafo de plaza y fogonazo,
todo es cuestión de instinto, de instante. [131]
Frente a él, con un poco de viento y un racimo de
sombras, una mujer.
Y la tarde descende de un recuerdo, de un tranvía 5
o de la siesta.

La rebelde

Es tan hermosa como su leyenda,
como el misterio de su destino,
como su misma rebeldía.
Es apreciablemente joven,
es clandestinamente culta. 5
Sigue a Bakunin, funda un sindicato,
discute, participa del caos
y, para remediar una injusticia,
enviada por su propia voluntad.
Desaparece un tiempo, un par de años. 10
Mil novecientos nueve, diez, once.
El hombre fuerte, el jefe patrio,
el coronel, después presidente,
Albino Jara, quiere apresarla.
Y sólo quiere, porque se le escapa. 15
Teresa Reyes, la rebelde,
huye una y mil veces,
siempre y una vez más.

Los placeres de un déspota

Llamarse Albino Jara, vivir en Asunción.
Mandar, reírse de Cecilio Báez. [132]
Algunos uniformes, dos o tres caballos.
Una mesa vestida de frutas
con una hurí de tierra adentro. 5
Cierta Madame, bombón de
quién sabe dónde.
Y muchos tragos, muchos brincos.
Placeres de un sultán criollo.
Un vero sultanete del jecato 10
iberoamericano
acomodándose con Baco.

Historia, callejera de todo el mundo

Que nos disculpe Cronos, amigo de Gea y patrón de los relojeros, pero llenemos derecho al ayer. No es una cosa ni es el paso de los años, son todos los años que fueron y todas las personas en un solo y breve recuerdo cuando, en una esquina del adiós o en un atajo de la lluvia, en suma, en una calle cualquiera, cerramos los ojos y se nos aparece el ayer con su cielo de ojos adentro.

Serenata desinteresada

La calle de mi noche
en tu ventana con un poco de viento.
Con tu luna de plata, de estaño y aun de hojaldre,
con un pañuelo de papel y un adiós descartable.
Como quiera que sea tu luna, 5
pienso en tu espera, en tu esperanza, en el color
de tu amor, de tus ojos, de tus cabellos.
Joven, hermosa y desconocida, [133]
que no eres mía ni de ningún nochero viejo,
oye, óyeme, deja entrar a mi noche en tu vida 10
como un instante, un parpadeo,
un mínimo destello. Como se deja
entrar de pronto a un grillo en la casa,
sin abrirle la puerta, sin abrir nada.

Hipérbole

Sobre las ruinas del día, el arrullante cielo de los árboles. Mangos, lapachos y un frondoso etcétera del viento. A un paso del atardecer, el amor. Se trata del amor en una inevitable hipérbole: el amor a la vida. Ahí mismo, en un jardín, a la altura del césped doméstico y domesticado, canta una cigarra. Y el agua de la manguera, lustral o grifal, canta con voz propia. No deseo llenar el paisaje de innumerables vasos de tereré ni valerme de otros recursos similares. Quiero hablar del cielo, sólo del cielo. Creo que el cielo se desprende, generosamente, con el atardecer. Por eso, cabe un resto de sol entre unos pies descalzos y aquellas nubes que apenas se ven ahora.

La mula

a Washington Benavides

La hierba es pasto y es acera.
Es más, es casi campo y cielo
con una mula suelta, libre,
un domingo por la mañana, lejos.
Si fe no doy de adanes fuera del paraíso, 5
daré al menos noticia de un lugar inocente; [134]
algo diré de flores, de hojas,
de música de hojas y música de pájaros;
algo más de la errante sombra de los pájaros
en la hierba y los ojos de una mula; 10
algo de alguna gente cálida, tostándose
al fuego amigo de un fogón. Ah,
también oh, porque todo es calor de patio,
sol, bienaventuranza y casa nueva
con un brindis, con un bocado. 15
Mientras la mula mira al mundo,
la casa nueva junta gente. La gente habla
del precio de la cal

y de la calidad de las tejas;
prodiga congratulaciones; 20
admira la nobleza del diseño;
elogia la hospitalidad de los dueños.
Eso sí, nadie habla de política,
ni una sola palabra de sectas,
nada de bancos, nada de finamporras. 25
Doña Garnacha eructa, luego pide disculpas.
A Don Tinto ya lo amordaza la siesta.
En la verde quietud de las horas fáciles
-la hierba es pasto y es acera-,
escuálida, esquelética, pluscuanangélica, 30
la mula pasa, mira y se aleja.

Ocupaciones

Si oficialista,
embajador;
si opositor, [135]
oficinista.
¿Es albañil? 5
A su albañal.
Como mil más,
como cien mil.

Endimión

Demorado en el límite
de mi aldeano y cervecero asfalto,
soy bucólico, creo,
para dar curso al trámite
de quien no quiere ser urbano. 5
Y la tarde se aleja.
Entre la luna
y una luciérnaga tempranera,
el campo, eso que se dice campo,
es un tractor que no funciona, 10
es un poco de hierba,
es un montón de cocos,
es el último sol,
es la primera estrella
y es un niño descalzo, 15
grande, risueño,
con un cielo soñado en los ojos.
Será Juan, Isaías o Jefferson,
pero también es Endimión,
pastor eternamente joven, 20

amado por Selene,
la delicada
luna de los atardeceres. [136]

El rabelero

Me habla acostumbrado a no ver a Bristol cuando tropecé con él nuevamente. Lo encontré en un camino vecinal, entre unas tierras que eran de nadie o del Estado y otras que pertenecían a un cuatrero. Callo el nombre del sujeto en homenaje a la perfectibilidad de la especie adánica (puede que se hubiera redimido) mientras digo otra vez que no tenía yo la menor idea del paradero de Bristol cuando lo vi aparecer. Esa tarde, llevaba él una valija en una mano y un rabel en la otra. Una manta oscura, requetedoblada y terciada sobre el pecho como una banda completaba su, digamos, impedimenta. Los extremos de la manta habían sido atados con un cordel a la altura del cinturón.

La sorpresa de verlo duró en mí algún rato. No diré que lo creía muerto, no es mío el morbo jurídico que da por fallecido a un hombre tras cierto número de años en los que se carece de noticias acerca de él. Sin embargo, no creía que anduviese por la región, y se lo dije.

-Esta vuelta no vengo de lejos -aclaró.

Me contó de dónde y cómo venía. Bristol es locuaz, es también un rabelero, que desafía la tradición al no ser ciego ni tocar mal. Me contó que, recientemente, había sufrido una demora en Tres Puntos, uno de esos pueblos a los que convierte en ciudad el habitante número mil. Lo habían metido preso por haberse negado a tocar la canción favorita del jerarca lugareño.

-Estuve unos cuantos días adentro, la Virgen me ayudó y pude salir antes de entristecerme entre esas cuatro paredes.

-Y ahora -quise saber- ¿cuál es tu rumbo?

Entrelazó las manos, apoyó la yema de un índice sobre la yema del otro, después lanzó hacia adelante ambas manos [137] entrelazadas y señaló un lugar oscuro en el oeste. Miré por ver si había algo que las nubes no cubriesen y vi pasar unos pájaros con un resto de sol en las alas. Entonces, el rabelero me dijo:

-Voy a la casa de Angélica, una mi amiga.

Continué mirando en esa dirección, viendo pasar pájaros y nubes, viendo renacer el sol de la tarde y pensando en la inutilidad de la belleza. Bristol me invitó a que lo acompañara:

-Si no hay nada mejor de tu parte, podemos ir juntos. No te preocupes por el avío, no te ha de faltar comida en la casa de Angélica y siempre vas a encontrar un rinconcito para dormir.

Quizá estuviera por demás decir que lo acompañé con gusto. A la puesta del sol, poco antes de llegar a nuestro destino, vimos unas garzas inmóviles.

-A esta hora -comentó- las aves pierden todo su azogue.

Era un paraje ameno, eran árboles amables. Corría un hilo de agua dulce y se acortaba el camino de una jornada que, lenta y amistosa, a su fin tocaba dejándome la fatiga de una caminata placentera y el solidario cansancio de unas garzas. Miré la lejanía, sentí (lo cual probó una vez más la existencia de mi alma) la dicha de un atardecer. El sol en apenas el borde de una uña en el horizonte y, en el pastizal cercano, aún doraba las gibas de un rebaño cebú.

Angélica salió a recibirnos. No me ofreció la diestra sino la casa, el patio de arena y viento, el fogón encendido. Pronto conocí el tratamiento samaritano del huésped: comí antes que mi anfitriona y antes que Bristol. Además, los tres usamos el mismo plato y el mismo jarro. Todo hubiera seguido bien, humilde y bíblicamente bien, pero la mujer no parecía feliz de tener a su amigo sentado a la mesa. Comencé a pensar en lo que veía de ella: gestos de significado dudoso, algún [138] curioso mohín, tal o cual ademán que una sombra frustraba entre sombras. Eran manifestaciones de un intenso, profundo desasosiego; era un silencio que nada tenía que ver con la costumbre de callar durante las comidas. Con el cri-cri de un grillo nos levantamos de la mesa y fuimos al patio, llevamos nuestras banquetas y nos arrimamos al fogón. Angélica seguía igual, entre taciturna y simplemente tática. Miré sus cabellos y ella se llevó una mano a la cabeza: acaso se sintiera avergonzada, acaso incitadora. Coincidiendo con esto, Bristol no quería conversar y atizaba el fuego con una ramita. De manera que, mientras oíamos al grillo, bajó la noche y nos ató al madero del sueño, como le hubiera gustado decir a un poeta. Aunque, en este punto, se puede afirmar que sólo a Bristol y a su musa los ató a un madero porque la pareja durmió en una cama que resultó ser la única; yo dormí en el suelo, honda, hondamente.

Tras el amanecer, cuando todavía se mezclaban en mí el sueño y el canto de las aves, vi al rabelero. Hablaba consigo mismo al pie de un árbol; pensó que yo sería un interlocutor.

-La leche hervida de vaca recién ordeñada es lo mejor que hay para limpiar el estómago -me aseguró después de darme los buenos días y antes de informarme que Angélica estaba ordeñando a Gerundia, la vaca que yo debía ver ahí, ahí mismito, y que yo no veía.

-Para verla, tendrías que terminar de despertarte.

Desoí su consejo. Una telaraña de sueño me colgaba sobre los ojos mientras subía el sol la imperceptible pendiente del cielo, mientras cantaban unos pájaros, mientras rompíamos el ayuno con un sorbo de leche fresca y una pizca, valga esa ración, de torta de miel de caña de ayer.

Lo que siguió, a pesar del enigmático sol de aquel día, cabe en un conocido cuadro escénico. Se trata de una pieza [139] de repertorio en la cual afloran los estigmas de la vida rural. Yo, como tramoyista, no puedo sino pedir disculpas al abrirse un telón roído por las ratas de mil funciones. Sea, se abrió. En un surco de tierra labrantía caen gotas de sudor, es hora de separar la hierba mala de la buena, y, machete en mano, Angélica se dispone a ello. Bristol, aflautando la voz, dice que está viejo y su cintura no puede más. Responde Angélica diciendo que por qué, que cómo puede él doblarse ante sus gustos por la noche y no puede doblarse por la mañana en el huerto. Aturdido, Bristol da unos pasos; llega hasta una indescriptible abertura que, si es puerta o bien otra cosa, no me corresponde dilucidar aquí. Por ahora, es suficiente saber que el rabelero enmudece en tal sitio, que es el mismo donde estoy yo.

-Eá, eána.

Eá dejó los labios de Angélica y se quedó en el aire. Eá más na más un zumbido en los oídos del rabelero: eána. El hombre gira, me encuentra mirando a la mujer y oyéndola decir:

-Bristol no tiene delicadeza de varón, remedio no tiene.

Ignoro el efecto inmediato que tan fuertes palabras pudieron haber tenido en un temperamento como el del artista al cual iban dirigidas. Me retiré, no sin antes decir adiós a la dueña de casa. Igualmente, a ciertos años de aquel día, no sé qué consecuencia tuvieron en el mediano plazo o en el largo término porque, aunque se cruzan a veces nuestros

caminos, el rabelero nunca me habla de Angélica ni suele quejarse de ningún lumbago.
[140] [141]

Apéndice
[142] [143]

El goce de lo cotidiano en la poesía de Jacobo A. Rauskin

La poesía de J. A. Rauskin es un espejismo verbal. Al detenerse en cualquiera de los doce libros del poeta publicados en los últimos treinta y cinco años, al demorarse en poemas que tienen apenas unos cuantos versos y al leer el lenguaje rauskiniano -claro, directo y aparentemente inequívoco sobre temas de la vida diaria-, el lector puede creer que se encuentra frente a poesía de poca ambición artística. Pero, una vez más, las apariencias engañan, porque el escrutinio de sus poemas revela una economía verbal, un refinamiento cultural y una perspectiva crítica poco frecuentes en la poesía hispanoamericana de nuestros días.

La obra poética de Rauskin no se deja caracterizar con facilidad. No porque ella sea hermética, sino por todo lo contrario, irónicamente. Son poemas que parecen ser tan directos, breves, sencillos y descriptivos, que no se diría que ellos pudieran conducir hacia otras metas preestablecidas. En esto consiste el espejismo del que hablamos: tras la fachada de la brevedad y la exposición clara y sin enredos, el texto deja entrever propósitos tan sorprendentes como sutiles, subversivos y complejos, dimensiones de la obra de Rauskin que merecen más atención crítica.

En su larga trayectoria, el poeta no ha manifestado interés en evocar grandes visiones panorámicas, no pretende que sus limitadas vivencias y observaciones reflejen un microcosmos de toda la experiencia humana. Como en sus libros anteriores, en *La calle del violín allá lejos* (1996) y *Adiós a la cigarra* (1997), evita temas esotéricos y estilos experimentales, y lo hace a favor de un esfuerzo concentrado en percibir los sucesos cotidianos de su entorno familiar. Reflexiona sobre ellos, a veces, con ironía; otras veces, con elogios o denuncias apenas discernibles, rara vez con conclusiones [144] directas y categóricas; siempre con un ademán elegante y una frase elocuente.

El observador/poeta de los dos libros es el mismo. Es andariego, curioso y meditabundo. Ejerce la inusitada práctica de maravillarse ante lo que serían -para la gran mayoría de nosotros- escenas prosaicas. Lo hace con auténtico entusiasmo y -aquí viene la sutileza ya mencionada- sin que se vea la intención de ofrecer a sus lectores la trascendencia de lo que él ha elegido observar y poetizar. Su perspectiva del mundo, también su decisión de no juzgar, jerarquizar o sacar conclusiones sobre lo observado, son insoslayables y no dan lugar a equívoco en las obras examinadas en esta oportunidad. El poeta, en ambos libros, observa el mundo que lo rodea, se apropia de él y lo plasma en lo que podemos llamar

pequeñas escenas esquemáticas e impresionistas, sin interés reconocible en lo que atañe a entrar en detalles descriptivos, en prolongadas conjeturas, mucho menos en convicciones dogmáticas y conclusiones persuasivas. Al lector que, siguiendo sus preferencias, busque una poesía anecdótica, con expresión de sentimientos personales o íntimos, o cavilaciones sobre las eternas cuestiones humanas, es decir, con todo aquello que se puede identificar como desarrollo temático tradicional, quizá esta poesía lo confunda, frustre o desilusione. Pero de ninguna manera se debe ver aquí una objeción a estos dos libros, sino una advertencia al lector: los propósitos del poeta son otros y son tan inesperados en su efecto como legítimos en su expresión intelectual y estética. En estas obras hay poesía abierta; al llegar al final de sus poemas, el autor no pretende llegar a ninguna conclusión en particular, ni tampoco insistir en alguna convicción contundente, ni elaborar una epifanía, sino que permite que cada lector concluya el poema de acuerdo a su propia imaginación, a su experiencia personal y a su bagaje cultural. Esto no quiere decir, sin embargo, que Rauskin no intente, con sutileza, encauzar a sus lectores por caminos insospechados y hacia conclusiones deseadas. [145]

En *La calle del violín allá lejos* y en *Adiós a la cigarra* se manifiesta una gran variedad temática, pero quiero limitarme a tres aspectos que contribuyen a caracterizar unas piezas, en el rompecabezas poético rauskiniano: la trascendencia oculta de la vida cotidiana, el desafecto a ciertos rasgos de la vida moderna que también incluyen injusticias sociales y, por último, la celebración del lenguaje como justificación única de la poesía.

Comencemos por la primera de estas características. En la superficie, el autor parece mantener un distanciamiento emocional de sus temas al evitar obvias expresiones de aprobación o de disgusto y al omitir conclusiones decisivas. Con lo cual no afirmo que él no sugiera sus gustos o disgustos, sólo digo que no insiste en ellos, que los pone a la consideración del lector. El yo poético de estas obras observa y luego presenta escenas de la vida cotidiana que en sí mismas no se destacan por dramáticas o significativas sino por prosaicas e intrascendentes. El enfoque de su andariega cámara poética abarca un gran repertorio de imágenes, muchas de las cuales registran la ciudad, la lluvia, flores, escenas callejeras y gente anónima captada fotográficamente en sus actividades rutinarias. El poema *Repeticiones* es uno de los más típicos de esta índole:

Despierta la ciudad, el sol busca una plaza para dormir todavía. Una vez más, desde una ventana, canta el silencio. Una vez más, una mujer bebe una taza de café mientras el día se despaga de un lento minuto. Es una mujer hermosa, a la manera de las mujeres dulces y obesas. (*La calle del violín allá lejos.*)

En este diario y nada extraordinario amanecer, la somnolencia acompañada del silencio y acompasada por un «lento minuto», y la insistencia reiterativa de «una vez más», se fijan al final con la imagen de una mujer que no se destaca por su unicidad, sino por su carácter genérico. Aparentemente, en la superficie de aquello que [146] vamos leyendo, todo coincide para quitarnos cualquier ilusión de vivir un momento especial, único, mágico y digno de atención poética. Pero no obstante el esfuerzo por disolver expectativas emocionales -hasta el título, *Repeticiones*, sugiere monotonía-, algo especial sí ocurre aquí; esta misma falta de precisión en los detalles, esta misma rutina previsible y esta insistencia en lo prosaico revelan la capacidad del poeta de percibir y abrirse a una imagen cualquiera

y maravillarse de la magia que ha despertado en él y en las palabras que elige para recrear la imagen. El poeta no insiste retóricamente ni estructura el poema para que el lector reaccione de la misma manera. Sin embargo, parece que esto sucede.

Entre otros poemas que ilustran la magia de lo ordinario y lo rutinario, se cuenta Buena estampa:

Monógama, feliz y maternal con críos,
cruza la calle y entra en este recuerdo
con el sol en una canasta,
con zanahorias, con rabanitos
y con yuyitos para la salud en general. (Adiós a
la cigarra.)

Buena estampa se concentra en detalles concretos. No hay uso de adjetivos enaltecidos o esclarecidos, no se desea la exactitud descriptiva. En éste, y en varios poemas a lo largo de los dos libros, de lo que se trata es de producir una breve evocación de imágenes latentes en la memoria. Con pinceladas gruesas y rápidas, el poeta pinta experiencias vividas no porque ellas sean únicas o significativas, sino porque son parte de una realidad -léase identidad personal- que no se conserva de otra manera. Migas de pan que se echan a los pájaros (V 76), un zapatero (V 77), el sonido de la lluvia (V 81), una casa desaparecida (V 81), un sauce llorón (C 92), la escarcha matinal (C 99), una mujer conocida (V 87) y otra desconocida (V 87), dan vida a pequeñas escenas que no son presentadas [147] como extraordinarias en sí mismas ni tampoco como piezas esenciales en la experiencia del autor. Sin embargo, todo llega a tener significación para el poeta, como él lo enuncia con respecto a la mujer desconocida: No quisiera olvidarla; / mía es también la vida que me rodea / sin insistir en mí. (V 88). Estos últimos versos dejan entrever lo que lleva al poeta a elegir temas que individual y separadamente tal vez asomen como intrascendentes, pero que en el cuadro total son sutiles manifestaciones de una trascendencia oculta. Sucede que el poeta rescata por doquier fragmentos de su identidad: todo lo que él observa, todo lo que él experimenta, termina convirtiéndose en parte de su propio ser y, entonces y así, ni siquiera la imagen más prosaica carece de trascendencia.

En otros poemas salpicados a lo largo de La calle del violín allá lejos y Adiós a la cigarra, el yo poético reconoce la fuerza evocadora de los fenómenos que percibe en derredor. Por ejemplo, en Generosa: La luna de hoy recuerda / a cielos anteriores. / Asilo de murciélagos / y dos o tres peatones. (V 75); y también en Asociación nocturna: Terraza, piano, nube. / En alguna ocasión, álbum. / Otras veces, rueda / o moneda o ficha de ruleta. / Cosas simples, frecuentes, / que nos recuerdan a la luna / de la Ceca a la Meca, de la timba a la tumba. (C 94). Las cosas comunes tienen aquí fuerte capacidad asociativa al funcionar como evocadoras de recuerdos nostálgicos, otra parte integral del yo poético. Tanto es así que en un momento del poema Aventura, el autor ingresa con una interposición: Permíteme la ociosa pregunta de quien sabe / esperar no esperando una respuesta. / ¿Hubo alguna vez algo que no fuera nostalgia? / Cabe la duda porque había cosas que... / Había tren y barco y puerto y yacaré/y canoas, cerveza negra, chalecos, pólvora. (C 108). En estos poemas de Rauskin, lo que parece insignificante, como en las buenas novelas detectivescas,

oportunamente adquiere su razón de ser, su propósito y su significación cuando está interpretado, gracias a una perspectiva unificadora, dentro de un contexto orientador. [148]

Otra tendencia que florece en estos dos libros de Rauskin es la que se manifiesta en un tono -sutil y poco enfático- de incomodidad o disconformidad del autor con su ambiente. A veces se refleja como denuncia, a veces como queja, ironía o añoranza de un pasado más agradable. Lejos de incurrir en versos testimoniales, en el panfleto ideológico o de protesta, el poeta expresa con su concisión de costumbre, una firme denuncia de las instituciones nacionales, de la política de éstas frente a la gente común y, sobre todo, de los excesos de la modernidad que han deteriorado la calidad de vida en el Paraguay y en otros países «subdesarrollados». En alguna ocasión, Rauskin observó que si un poeta se ocupara sólo de encontrar culpables, sería mejor que no escribiera su búsqueda en verso. También sostuvo entonces que la calidad artística de la poesía de protesta social y política en Hispanoamérica no ha mejorado a pesar de su proliferación en las dos o tres últimas generaciones. Quizá sea por estos motivos que el yo poético de las obras que aquí examinamos no insista largamente en denuncias o en ironías. Consecuente con su estilo, el poeta toca los temas desagradables con la misma celeridad y agilidad, así como con la misma elegancia expresiva que emplea para sus temas más amenos. Como sucede con los poemas de la trascendencia oculta, las observaciones se ambientan en pequeñas escenas montadas en escenarios conocidos por el autor. Casita como ejemplo. Monedas en juego e Itaipú son páginas donde el poeta denuncia, respectivamente, el carácter intolerable de cierta arquitectura moderna que quiere hacer suya toda la ciudad, la inevitable frustración de invertir en los mercados internacionales de monedas y el dudoso valor de la construcción de la represa más grande del mundo, tomando en cuenta el impacto ambiental destructivo, tanto en el hombre como en la naturaleza, que produjo esta maravilla de la tecnología. En otros poemas, lamenta las deficiencias de una biblioteca pública, la demolición de una casa antigua, las injusticias que afectan a nadie con más dolor que a los pobres y desamparados, ya se trate de [149] campesinos en busca de una changa en la capital paraguaya o en los Estados Unidos, o de isleños compatriotas de Papacito Doc y de Cèdras, o de una joven que muere de inanición en África.

Pero la ironía más notable y picante la reserva el poeta para un manojo de recuerdos de los largos y sombríos años de la dictadura en su propio país. Esos versos sintetizan magistralmente el oprobio del régimen, incluyendo al séquito del déspota que por tantos años empantanó al Paraguay y apagó el espíritu, de sus habitantes.

Durante décadas, en Hispanoamérica, una gran parte de la poesía de protesta contra las dictaduras militares rezuma odio, comprensiblemente. O repudio o vituperio o declaraciones de venganza. Esta explosión verbal suele desplegarse en largas arengas y diatribas para poder acomodar la frustración de décadas de cautiverio, frustración y silencio. Al enfrentarse a la memoria de la dictadura de su país, el yo poético de nuestro autor se conforma con una táctica estilística contraria -o sea la suya propia-, puesto que alcanza su propósito de censura sin abandonar la propiedad de vocabulario, la brevedad expresiva y la chispa de la inteligencia. Este poeta no se rebaja al nivel del objeto de su desprecio, él mantiene la altura de su dignidad y el enfoque de su propósito ético y estético. Observamos la puesta en práctica de la elegante ironía rauskiniana en dos poemas:

Día de huelga legal y pesca obligatoria.

Día mudo en la cadena de los días radiofónicos.

Jornada no palaciega,
el jefe visita la tumba de su pueblo.

A la salida de todos los años de juerga,

Tongo, viejo pretoriano,
aguarda en un bar de la mente.

Espera al jefe, no piensa mientras tanto.

(V 82. El jefe y su pretoriano favorito.) [150]

La efigie sustentada
por mil portaestandartes

pierde fuerza y color

Los años atenúan

el rictus militante

y el gran perdonavidas

se muestra viejo al sol.

(V 82. Alfredo envejece.)

El poeta no expresa ahora su deleite ante las pequeñas escenas cotidianas, sino que se deleita al ironizar sobre las instituciones y los gobernantes: un gusto demorado pero no por ello menos sabroso. Estas son otras imágenes que conducen a momentos trascendentes tanto para el poeta como para el lector.

Amante y estudioso del lenguaje, hombre activo en el mundo que lo rodea, Rauskin no se limita a los temas ya mencionados, también rinde homenaje a personalidades como Federico Fellini, a Paul Gauguin, al grabador paraguayo Jacinto Rivero, a personas anónimas, a personajes de la literatura clásica y de las letras modernas; escribe poemas de amor, reflexiona sobre pasatiempos, compone versos eróticos y otros de naturaleza jocosa, así como textos varios -inclasificables- que abarcan ambientes bucólicos, consejos a un gordo, notas sobre árboles, flores y nubes. Todo esto tiene que ver indudablemente con el rescate de fragmentos en la búsqueda de su propia identidad. Pero ya he observado en un párrafo anterior que tales intereses heterogéneos incorporados en su poesía no sirven en absoluto como escaparate autobiográfico ni como foro de una ideología personal puesto que el yo poético no plantea argumentos, no intenta persuadir ni se declara capaz de revelar los secretos de la naturaleza o de la conducta humana. Confiesa en algún momento: Ahora me contento con menos / tengo bastante con saber las tendencias (C 93, Tendencias), y en otro: Y yo, yo no sé nada / No, no sé si beber, / si comer si reír, / si dormir, si esperar, / con el alma en un hilo, / que las cosas mejoren, / si entregarme al silencio / o ponerme a cantar (C 97, Catarsis). [151]

La modestia del yo poético de estos poemas no contempla la posibilidad de transmitir mensajes trascendentes ni da muestras de interés en la experimentación neovanguardista. En plena época de lo posmoderno, el poeta paraguayo escribe sus pequeñas escenas de la vida cotidiana confiando en las innumerables variantes del embellecimiento del lenguaje. Constantemente pone en práctica combinaciones rítmicas y fonéticas que dan cuenta de que la suya es una exploración permanente y cabal de cómo se percibe lo poético en Occidente.

Seducido, como todo poeta, por la magia de los mecanismos interiores de un poema, Rauskin introduce en sus versos reflexiones sobre la poesía misma, sobre su razón de ser, sus motivos, su composición y partes integrantes como tropos, sintaxis, vocabulario, ritmo, rima y encabalgamiento. Este interés autorreferencial da a conocer varios aspectos de su propia poética, como sucede en el tramo final del Soneto y retrato de la mujer amada, en el que el poeta considera precisamente la relación entre la imagen visual y la representación de la misma en palabras:

algo de ti sabía que entreveo,
ahora, en este instante, cuando pienso
al pie del verso que mi pluma pinta,
al pie de un cuadro que en mi verso veo:
goza la luz bañándote en lo inmenso
y en tu figura al sol, hecha de tinta. (V 71).

Estos endecasílabos ilustran claramente la fe del poeta en la directa y desproblematizada correspondencia entre la imagen visual y la palabra impresa. Así mismo, en poemas en prosa como Oro, ofrece otro aspecto de su arte poética, su preferencia por la brevedad de expresión para captar esencias: El sol, el viejo del atardecer, el rico por acumulación de grillos en jardines y baldíos, se aleja. Cielo digno de mi emoción y de la nochecita: cabe en una mirada y en unas pocas palabras (V 77). Y haciendo hincapié en esta misma brevedad, expone lo que bien puede sintetizar la médula [152] de su arte poética: ...busco yo la palabra / que pueda rescatar algún instante de poesía / entre tantos instantes de cualquier cosa. (C 94). Sobre el origen periodístico de algunos poemas.

Roland Barthes ha aseverado que «la literatura no es otra cosa que lenguaje, su ser se sitúa en el lenguaje» (159); una consideración que J. A. Rauskin suscribiría con gran entusiasmo. En el poema Leguas, nos dice: No sé cuánto camino me queda / y en verdad poco importa: / estar cerca no es un destino, / es una sensación. (96), palabras que se refieren con igual importancia a su poesía como a su vida.

Ronald Haladyna

Big Rapids, Michigan,

13 de diciembre de 1999

Obras citadas

Barthes, Roland, *Critical Essays*, Evanston: Northwestern UP, 1972.

Rauskin, J. A., *La calle del violín allá lejos*. Asunción: Arandurá, 1996.

Rauskin, J. A., Adiós a la cigarra. Asunción: Arandurá, 1997. [153]

Bibliografía

Obra poética de J. A. Rauskin

Oda. Péndulo, Asunción 1964.

Linceo. Péndulo, Asunción 1965.

Casa perdida. Fondo Editor Paraguayo, Asunción 1971.

Nafragios. Alcándara, Asunción 1984.

Jardín de la pereza. Alcándara, Asunción 1987.

La noche del viaje. Loma Clavel, Asunción 1988.

La canción andariega. Loma Clavel, Asunción 1991.

Alegría de un hombre que vuelve. Loma Clavel, Asunción 1992.

Fogata y dormitorio de caminantes. Arandurã, Asunción 1994.

La calle del violín allá lejos. Arandurã, Asunción 1996.

Adiós a la cigarra. Arandurã, Asunción 1997.

Canciones elegidas. Libros de Tierra Firme, Buenos Aires 1999/Arandurã, Asunción 1999.

Pitogüé. Arandurã, Asunción 1999.

Sobre los libros reunidos en Poesía 1991-1999

Acevedo, Hugo. «La calle del violín allá lejos», La República, 15 de junio de 1997, Montevideo.

Acosta, Delfina. «Adiós a la cigarra», ABC, 25 de julio de 1997, Asunción.

Benavides, Washington. La poesía de Jacobo A. Rauskin, Revista Exégesis, Universidad de Puerto Rico, N° 26, 1996, Humaco, Puerto Rico.

Benavides, Washington. Algunos datos sobre la poesía de J. A. Rauskin, La Nación, 7 de diciembre de 1997, Asunción.

Casartelli, Mario. El violín de una constancia, Última Hora, octubre 1996.

Hempel B., Carlos W. Lenguaje poético de Jacobo A. Rauskin, Noticias, 25 de noviembre de 1997, Asunción.

Livieres Banks, Lorenzo. La obra poética de Jacobo A. Rauskin. Revista Crítica N° 12, diciembre de 1996, Asunción.

Salas, Horacio. La poesía de Jacobo A. Rauskin, Última Hora, 19 de abril de 1997, Asunción. [154]

Valdés, Edgar. La poesía de Jacobo A. Rauskin, Última Hora, 22 de febrero de 1997, Asunción.

Vallejos, Roque. Poesía, un paisaje interior, Última Hora, 8 de julio de 1991, Asunción.

Vallejos, Roque. Rauskin celebra la irrealidad del tiempo, Última Hora, 12 de setiembre de 1992, Asunción.

Vallejos, Roque. Alturas de lo lírico-poético, Última Hora, junio de 1999, Asunción.